

CAPÍTULO PRIMERO

Brian Kearns, atento al cronómetro de navegación y al zumbido casi imperceptible de la pantalla del monitor, esperaba el instante de alcanzar el límite de tolerancia de la gravedad, concediéndose a sí mismo un margen de seguridad de diez segundos.

Brian era un joven práctico y metódico, con doce años de entrenamiento y otros cuatro años y medio como profesional.

Aflojó las correas de su camilla espacial, una especie de cuna muy próxima al panel de complejos controles que había observado con profunda atención, hasta aquel momento. Luego descendió pacientemente, centímetro a centímetro, como una mosca, por la pared, hasta asir una manilla, pulsando luego cierto interruptor todo lo posible hacia la izquierda.

El suave zumbido se detuvo.

Brian acababa de dar cima a un trabajo.

Tomó el lápiz que se hallaba unido al diario de navegación, tiró de una página que flotaba en el vacío y escribió rápida y en forma experta con su mano izquierda:

“Día de viaje n.º 1676; acabo de bajar el interruptor que corta los motores interestelares. Nuestros cálculos eran correctos y no parecen presentarse efectos visibles de shock cuando las unidades de transmisión dejaron de funcionar. Nos hallamos ahora a mil cuatrocientas millas de Marte. Dejo el control de la nave a... —consultó nuevamente su cronómetro y escribió—; a las 08'14 horas. Posición...”

Añadió una serie de complicadas cifras, puso sus iniciales bajo la nota y luego tomó el auricular de la comunicación interior.

Una voz áspera habló desde el otro extremo de la nave estelar, casi desde media milla de distancia:

—¿Eres tú, Kearns?

—Sí, Caldwell.

—Esperamos con los motores atómicos aquí, Brian. ¿Eran correctas las cifras?

—Todos los cálculos parecen correctos —contestó Brian con alguna rigidez—. Se han detenido los motores de acuerdo con el programa establecido.

—¡Formidable! —gritó la voz al otro extremo de la línea.

Brian frunció el ceño y tosió con tono de reproche. La lejana voz parecía enormemente alborozada; sin embargo, preguntó con mucha corrección:

—¿Espero órdenes, capitán Kearns?

—De acuerdo, capitán Caldwell —contestó Brian—, suya es la nave, veamos...

Brian se detuvo, consultó su cronómetro y al cabo de unos pocos segundos indicó:

—¡Ahora!

Colgó el auricular y miró la sala de control, donde había permanecido durante todo el largo viaje del Homeward. Los enormes motores interestelares se hallaban silenciosos en aquel momento, y las grandes superficies de metal parecían considerarle con fría indiferencia. Brian experimentó una curiosa sensación de extrañamiento al colocar la capucha al lápiz y correr un panel situado sobre el cuaderno de navegación. Se sostuvo allí, asido a una manilla, preguntándose si habría dejado algo pendiente aunque, con la seguridad del prolongado hábito, sabía que no era así.

Es imposible encogerse de hombros en el vacío; ese gesto haría volar a un hombre por la cabina, y Brian estaba demasiado bien entrenado para realizar movimientos inútiles. Pero sus cejas se alzaron un poco y una vaga sonrisa iluminó sus facciones, durante un minuto, su apariencia estuvo de acuerdo con su edad. Después, adoptando la expresión que siempre empleaba ante su tripulación, retrocedió por la pared, soltó unas sandalias de goma sujetas a su asiento-litera y se las puso con habilidad producto de una larga práctica. Luego, hizo un leve esfuerzo para seguir avanzando rápidamente por el resto de la pared e introdujo el cuerpo por la compuerta que conducía a la parte delantera de la inmensa nave estelar.

Allí se detuvo, mirando hacia el pasillo estrecho y cilíndrico. En aquel momento sentía una débil vibración a su alrededor, ya que, lejos de allí en la proa del Homeward los motores atómicos comenzaban a funcionar. Se permitió una nueva sonrisa, esta vez con el secreto desprecio que le permitía su condición de técnico en cohetes, para luego introducir el resto de su cuerpo, largo y delgado, por la compuerta. Se lanzó hacia adelante, en línea recta, a lo largo del pasillo, como un proyectil sin peso alguno. Frenó con gesto firme en el otro extremo, y luego se detuvo; se oyó un maullido musical, a su espalda, y el gato de la nave, "Einstein" —en realidad un mamífero de Centauro semejante a un canguro enano— se lanzó ciegamente sobre él.

—¡Brian..., cógele! —exclamó una voz femenina.

Brian se volvió, y con el brazo trazó un amplio círculo para capturar al animal. Lo consiguió, asiéndole por una delgada pata. La extraña criatura chilló y trató de huir, mientras que la muchacha decía:

—Sostenlo un momento..., ya voy.

La muchacha se adelantó por el pasillo, y cogió con presteza al animal, que de inmediato se tranquilizó y se acomodó entre sus brazos.

—Casi se volvió loco cuando se encendieron los cohetes —explicó en tono de disculpa—. Debe ser la vibración o algo por el estilo.

Brian sonrió a la muchacha, pequeña y delgada, con cabellos rubios que flotaban alrededor de su cabeza. Sus ropas de trabajo, muy breves, también flotaban en curiosos pliegues. Vivían todos en pleno vacío desde hacía tanto tiempo, que Brian apenas si se había fijado en la muchacha, pero en aquel momento notó cierta inquietud en su mirada... Elinor Wade era especialista en dietética y sabía menos sobre motores que el extraño gato de Centauro acurrucado en sus brazos.

—Está bien, Ellie; puede que “Einstein” sea un técnico en motores, un técnico excepcional de gran sensibilidad. Hace un momento corté las unidades de transmisión y entregué la nave a Caldwell.

La muchacha murmuró:

—¡Entonces casi hemos llegado! ¡Oh, Brian!

Los ojos de la muchacha brillaban. Brian asintió con un movimiento de cabeza.

—Ahora es Caldwell quien dirige la nave, e ignoro lo que hará —añadió Brian—, pero será mejor que tengas los oídos bien abiertos para recibir instrucciones. Tendremos que sujetarnos dentro de unos minutos para soportar el frenado si Caldwell desciende a Marte.

—Brian, tengo miedo... —murmuró Ellie, dejando flotar al gato.

La muchacha extendió una mano y tomó la de Brian añadiendo:

—Sería... terriblemente irónico que esta vieja nave hubiese viajado hasta Centauro, para estrellarnos ahora contra su atmósfera.

—Tranquilízate —respondió Brian—. Tal vez Caldwell decida regresar a la Tierra... Conoce bien su oficio y yo conozco muy bien al Homeward.

—Por supuesto —replicó la muchacha, mientras trataba de forzar una sonrisa sin conseguirlo—. ¡Estás enamorado de esta vieja ruina!

Brian sonrió comprensivamente y dijo:

—No lo niego, pero sólo se trata de una pasión provisional... hasta que te deje en tierra.

La muchacha enrojeció y apartó su rostro. Los doce miembros de la tripulación del Homeward eran jóvenes, y aquel estrecho confinamiento provocaba fuertes afectos, aunque hombres y mujeres vivían a bordo cuidadosamente segregados por razones prácticas que nada tenían que ver con la moralidad. El viaje desde Centauro, pese a su velocidad fantástica, había requerido casi cinco años. Y nadie había descubierto aún como dar a luz a un bebé en pleno vacío.

Brian preguntó:

—¿Vas al salón?

—No... —replicó la muchacha retrocediendo—, tengo que alimentar a “Einstein”, y después, Paula sigue en la unidad de Cultivo de Alimentos y allí no hay sistema de comunicación..., tengo que acercarme para decirle que quizá tengamos que sujetarnos...

—Te acompañaré. Tengo apetito, y quiero comer algo antes de que salgamos. De todas maneras...

—¡No!

La exclamación de la muchacha sorprendió a Brian.

La muchacha agregó con palidez:

—Quédate en el salón. Te llevaré algo de comer.

Brian quiso protestar:

—Pero...

—Vamos... Paula está... —dijo Ellie torpemente—, Paula está vistiéndose.

—¡Qué diablos...! —exclamó Brian con tono de sospecha.

Tomó impulso, y recorrió velozmente el pasillo hasta alcanzar la abierta entrada de la Unidad de Cultivo de Alimentos. Ellie gritó al atravesar Brian el umbral. Ante sus ojos dos figuras estrechamente unidas se agitaron convulsivamente y se apartaron. Paula Sandoval se llevó ambas manos al rostro y luego extendió una mano para capturar una prenda interior que flotaba, mientras Tom Mellen se incorporaba y miraba con beligerancia a Brian.

—¡Vete al infierno! ¡Sal de aquí! —casi rugió.

Brian preguntó con terrible frialdad:

—¿Qué ocurre aquí?

La voz tensa de Paula sonó venenosamente:

—Creo que ya lo ha visto, capitán.

Sus ojos negros despidieron llamas.

—Brian... —imploró Ellie, apoyando una mano sobre la muñeca del joven con suavidad pero con firmeza.

Brian la rechazó con tal violencia, que la muchacha fue a parar al centro de la cabina. Luego dijo con fría voz de mando:

—Mejor será que atiendas a tus obligaciones, Paula. Caldwell necesitará comprobar sus cifras. En cuanto se refiere a ti, Mellen, las ordenanzas...

—¡Pueden irse al diablo las ordenanzas, y tú también! —rugió Tom Mellen.

Se irguió, revelando su alta estatura. Hubo un silencio y luego, preguntó:

—¿Qué diablos te propones metiendo las narices en todas partes?

—Escucha —dijo Brian en tensión, mientras flotaba en el vacío en torno a las dos muchachas—. Paula... vete de aquí, ¡es una orden...! Tom, esta sección de la nave está vedada a los hombres fuera de las horas de comida. Es la quinta vez que...

—La sexta, para ser más exactos, intolerante capitán, y cuatro de ellas no me cazaste. ¿Y qué? Qué diablos te has creído..., maldito...

—Dejaremos a un lado lo que soy y lo que hago, señor Mellen...

Brian miró a Paula nuevamente y ordenó:

—¡Sandoval... le he dado una orden!

Ellie rodeaba con sus brazos a Paula, que sollozaba convulsivamente; Paula se apartó de ella con los ojos brillantes, y dijo con tono amargo mirando a Tom:

—Dale tú otra orden sobre mí, Tom.

Después que abandonó la cabina, Brian prosiguió:

—Vete tú también, Ellie. Solucionaré esto con Mellen.

Pero Ellie no se movió.

—Brian —dijo con calma—. No es el momento de recurrir a esas ordenanzas.

—Mientras el Homeward se encuentre en el espacio —le dijo Brian secamente—, las ordenanzas se cumplirán estrictamente.

—Escucha un momento... —comenzó Mellen con un tono furioso.

Luego, de pronto, enrojeció violentamente, y avanzó hacia Brian, antes de que éste comprendiese lo que estaba sucediendo.

—Los motores atómicos están funcionando —dijo— lo que significa que Caldwell es ahora el capitán. Durante tres años he estado esperando este momento...

Brian esquivó la acometida de Mellen con rápido gesto y Mellen quedó boca abajo por la misma fuerza de su golpe.

—¡Brian...! ¡Tom...! —rogó Ellie, interponiéndose entre ellos.

Pero Mellen la echó a un lado.

—Te lo aconsejo, Ellie, apártate de aquí... —jadeó.

Brian insistió:

—Escucha...

Pero Mellen se lanzó de nuevo sobre él, extendiendo ambas manos, y empujó con fuerza.

Los dos hombres chocaron en el vacío y se separaron luego, con tal violencia que sus cabezas chocaron con las dos paredes extremas de la unidad. Brian, medio aturdido por el golpe, logró recuperar su estabilidad.

La risa de Mellen, irónica y retorcida, resonó en la cabina.

—Está bien. ¡Maldita sea! —dijo amargamente—. Supongo que no vale la pena que nos peleemos aquí ahora mismo. Pero al tomar tierra...

Brian se llevó una mano a la cabeza y parpadeó, todavía aturdido.

—Para entonces —replicó fríamente—, ya no necesitaremos luchar, porque mi mandato habrá terminado.

Mellen apretó los labios, y Ellie intercedió, ansiosa:

—Tom, Brian tiene razón..., no hagas las cosas más difíciles ahora que casi estamos en casa...

—Sí..., está bien... —replicó Tom Mellen, sonriendo de súbito con buen humor—. ¡Eh, Brian! ¿Qué te parece? Nada de rencor, ¿eh?

Brian se volvió para responder con tono glacial:

—¿Por qué ha de haber rencor? Es mi deber que se cumplan las ordenanzas hasta que el Homeward se pose en tierra.

—¡Maldita sea...! —murmuró Tom en voz baja en dirección a la rígida espalda de Brian.

Incluso Ellie parecía perturbada. Entonces Mellen avanzó hacia la parte delantera de la nave.

—Vamos —dijo—. Creo que Caldwell nos necesitará.

Y mediante pequeños impulsos de su cuerpo, avanzó con presteza hacia el salón delantero de la nave.

CAPÍTULO II

La técnica de freno en la atmósfera había sido perfeccionada cien años atrás, antes de que el viejo Starward despegara de la Tierra con dirección a Centauro. Sin embargo, era nueva para la tripulación del Homeward y lo tedioso de su proceso les crispaba los

nervios. Únicamente Brian, bien sujeto a una de las literas del salón, conservaba la calma, y Ellie, en la litera próxima a la suya, se sentía contagiada por su confianza; Brian Kearns había sido entrenado a bordo del Homeward durante doce años antes del comienzo del viaje.

Habían sido necesarias cuatro generaciones para que la desamparada tripulación del Starward reparase los supermotores aplastados en el aterrizaje, e instalase un centro en el cuarto planeta de Centauro —bautizada como Tierra Dos—, para que otra tripulación pilotara la nave de regreso a la Tierra y transmitir la noticia de su éxito. Ciento treinta años de tiempo subjetivo. Teniendo en cuenta la significación de tiempo producida por las supervelocidades, era muy posible que hubiesen transcurrido cuatrocientos o quinientos años, objetivamente en el planeta que dejaron sus antepasados. Ellie observó el rostro tranquilo de Brian, su boca que persistía en sonreír con cierto abandono muy personal cuando no se creía observado, y se preguntó si su compañero no sentiría pesar. Ellie luchó un instante con una añoranza abrumadora, al recordar la última vez que vio el pequeño planeta oscuro, girando alrededor de la estrella roja. Había dejado una floreciente colonia de 400 habitantes, un mundo al que jamás regresaría, ya que después de cinco años de tiempo subjetivo, era muy posible que todos sus conocidos de Tierra Dos hubiesen muerto ya.

Pero los pensamientos de Brian se proyectaban hacia el futuro y no hacia el pasado, ni tampoco podía ocultarlo.

—Supongo que ahora habrán descubierto ya un método mejor de freno en la atmósfera —murmuró—. Si alguien nos mira desde ahí abajo, nos tomará probablemente por fósiles vivientes..., y me temo que lo somos. En su mundo nos sentiremos tan aislados como si perteneciéramos a la edad de piedra.

—¡Oh, no lo sé! —protestó Ellie—. La gente no cambia...

—Pero sí lo hacen las civilizaciones —insistió Brian—. Han transcurrido menos de cien años desde el primer cohete lanzado hacia la Luna y el lanzamiento del Starward. Una civilización científica puede evolucionar con gran rapidez.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que se haya avanzado en tal campo? —quiso saber Ellie.

—¿Has oído hablar alguna vez del enlace del tiempo? —preguntó Brian con tono burlón—. Cuando cada generación resume los conocimientos de la anterior, progresa acumulativamente, de forma directa. Cuando partió el Starward...

—Brian... —comenzó la muchacha.

Pero Brian continuó imperturbable.

—Te aseguro que el hombre progresó al azar durante miles de años, pero al adquirir un método científico en menos de un siglo, se pasó del avión a reacción a la nave espacial. Una raza capaz de efectuar viajes interestelares sólo podía progresar en una sola dirección. Con tiempo suficiente, si proporcionásemos a un computador la información adecuada, podríamos predecir con exactitud lo que encontraríamos ahí abajo.

—Me parece que estás olvidando el elemento humano —dijo Ellie lentamente—. La tripulación del Starward estaba formada por un grupo de científicos seleccionados, y la colonia de Tierra Dos es probablemente lo que más se aproxima a una sociedad homogénea. No puedes hacer tales previsiones con un planeta normalmente poblado.

—El elemento humano...

—¿Quieren dejarlo ya? —gritó furioso Langdon Forbes desde su litera—. ¡Estoy tratando de no marearme, pero esa charla de Kearns acerca del progreso ya es el colmo! ¿Es ahora el momento oportuno para teorizar sobre todo eso?

Brian gruñó algo ininteligible y se calló. Ellie extendió una mano hacia él, pero Brian la rechazó.

Surgió un gemido desde la parte baja de la litera de Ellie. “Einstein” descubría la gravedad y no le gustaba. Ellie cogió en brazos al atemorizado animal tan sólo para calmarlo. Se extendió el silencio por todo el salón; la constante baja vibración de los motores atómicos penetraba hasta tal punto en sus conciencias que habían olvidado su condición de sonido. Aparentemente inmóviles, experimentaban una desagradable sensación de arrastre a medida que la enorme nave estelar frenaba en amplios círculos, primero rozando la atmósfera durante uno o dos segundos y girando elípticamente, como un cometa enloquecido; luego penetró en la atmósfera durante unos segundos más, y después durante un minuto, varios minutos..., hasta descender trazando lentas y cuidadosas espirales.

—Espero que hayan descubierto algún sistema para dotar de gravedad artificial a las naves espaciales —suspiró Judy Keretsy, con una sonrisa en la litera dónde se hallaba sujeta, boca abajo, ahora en el techo del salón.

Sus largos cabellos rizados caían sobre su cabeza como una espesa cortina; era la única mujer de la tripulación que no llevaba el cabello funcionalmente corto. Trató de recogerlo inútilmente, y extendiendo una mano se quejó:

—¡Oh, mi pobre cabeza! Me estoy mareando aquí arriba.

—¡Vaya! —exclamó irónicamente Ellie—. ¿Te sucede igual que a este pobre gato?

—¡Oye...!, ¿de quién partió la idea de embarcar a ese animal? —preguntó alguien.

—Valiosa contribución al mundo de la ciencia —se burló Judy—. ¿Por qué no has traído la pareja, Ellie?

—Brian no se lo hubiese permitido —comentó Marcia van Schreeven con cierto tono de amargura.

Ellie acarició la oscura piel del animal y recordó a Marcia con tono pacífico:

—“Einstein” pertenece al tercer género. Cuando las condiciones sean adecuadas, se reproducirá en el primero y segundo.

—Es un animal con suerte —dijo Brian con sorna.

Ellie le miró con una timidez poco corriente en ella y murmuró:

—¡De todos modos “Einstein” será único en la Tierra!

—Verás cosas mucho más raras que “Einstein” —le cortó Brian con indiferencia—. Hemos estado en un solo planeta, mientras que ahora la Tierra habrá colonizado probablemente todas las estrellas más cercanas. Los terrícolas deben ser muy cosmopolitas...

—Hablando de la Tierra —intervino Langdon—. ¿En qué parte de ese planeta vamos a descender con esta nave?

—No lo sabremos mientras no entremos en contacto con la superficie —replicó Judy con irritación, intentando recogerse los flotantes cabellos de nuevo—. Tenemos el mapa que nos entregaron los Primeros, pero no es posible que el viejo aeropuerto espacial de Denver siga en funcionamiento, y si lo está, lógicamente habrá cambiado tanto que no sabremos como aterrizar. Quizá no haya espacio para una nave de este tamaño.

—Se nota que has estado escuchando a Brian —comentó Langdon sonriente—. Según él, es una suerte que no hayamos chocado ya con el cohete de servicio a la segunda galaxia.

Brian ignoró la confusión de términos técnicos y respondió con seriedad:

—Es por eso que sugerí aterrizar en Marte. Tiene suficientes áreas desérticas para que descendamos sin producir daño a zonas urbanas. Dudo de que la población esté allí tan centralizada...

—¿Y por qué no lo hemos hecho? —preguntó Marcia con voz chillona.

Langdon frunció el ceño y volvió la cabeza hacia ella.

—Intentamos comunicar con ellos por radio desde el espacio —explicó—, pero no recogieron nuestras señales. Caldwell y Mellen decidieron entonces traernos a la Tierra, en lugar de perder tiempo en Marte donde quizá hubiéramos tenido que partir nuevamente. Sólo hay combustible para un aterrizaje y un despegue.

—Pero podríamos haber cargado más combustible en Marte... —comenzó Brian.

Fue interrumpido por una tos cortés que sonó en el altavoz situado en el centro del salón.

—¡Eh, Kearns! Brian Kearns, adelántate aquí. Por favor, ven a la sala delantera de control, si te es posible.

Brian frunció el ceño y comenzó a soltar trabajosamente las correas que le sujetaban a su litera.

—Bien... —murmuró—, ¿qué querrá ahora Mellen...?

—¿Qué sucede? —preguntó Judy con tono chillón—. ¿Hay dificultades?

—¡Oh, cállate! —exclamó Ellie—. Si las hay ya nos lo dirán.

La muchacha contempló, con vaga inquietud, cómo Brian se arrastraba torpemente junto a su litera, hasta llegar a la compuerta —que sólo funcionaba perfectamente en el vacío—, e introducirse en la sala de control delantera.

Tom Mellen volvió su cabeza, de cabellos muy cortos, hacia Brian, al entrar éste.

—Estamos intentando comunicar en diversas frecuencias —explicó Mellen frunciendo el ceño—, pero no responden. No se oye la menor señal. ¿Qué opinas, Brian?

Brian miró deliberadamente a su alrededor. Paula Sandoval se hallaba bien sujeta ante los instrumentos de navegación, y encogiendo sus desnudos y morenos hombros, eludía mirar a Brian. Caldwell, el veterano de cabellos grises que había reparado los motores atómicos, sonreía. Mellen mostraba una actitud defensiva y de total desorientación.

—Propuse Marte —respondió Brian—, y vuelvo a proponerlo de nuevo; estamos perdiendo el tiempo tratando de comunicar con los aparatos que tenemos a bordo. Es

probable que ellos usen ahora algo muy superior, a la radio o a cualquier frecuencia que conozcamos, así que no nos oirán. Su equipo puede resultar excesivamente evolucionado para que nuestros aparatos primitivos...

—Conque primitivos... —repitió Caldwell, intentando conservar la paciencia.

Mellen le interrumpió fogosamente:

—Escucha, Kearns, hay muchas formas de transmitir impulsos electrónicos.

—Los primeros hombres del espacio sostenían que todos los combustibles tenían que ser químicos o atómicos, ¿no? —dijo Brian—. Nosotros usamos cerberio. ¡El mundo no terminó al partir el Starward! Debes comprender que hemos estado ausentes durante un tiempo que equivale a unos quinientos años, ¡y que estamos fuera de su época!

—Tal vez... —murmuró con calma Mellen, haciendo funcionar de nuevo el interruptor.

Brian, irritado, lo cerró.

—¿Para qué, Tom? —insistió—. Si hubiesen recogido nuestras señales, ya nos habrían contestado. ¿Has visto salir o entrar algún cohete?

—Nada que tenga más de doce centímetros desde que entramos en órbita —replicó Mellen.

Brian frunció el ceño.

—¿Dónde nos hallamos, Paula?

La muchacha le dirigió una mirada llena de odio pero, tras una ojeada a sus instrumentos, respondió:

—En órbita a cuarenta millas, velocidad 5'6 millas por segundo.

Kearns miró a Caldwell.

—Tú eres el capitán —dijo.

—Hasta cierto punto —replicó Caldwell, devolviéndole la mirada fijamente—. Por ello quise que vinieras aquí. Podemos hacer dos cosas. O bien descender hasta más abajo de la capa de nubes y arriesgarnos a que disparen contra nosotros, hasta encontrar un sitio para el aterrizaje, o bien permanecer en órbita y enviar abajo a alguien en el cohete sonda.

—El cohete sonda —decidió Brian al instante—. ¿Pretendes aterrizar con una nave de este tamaño sin que hayan enviado instrucciones desde el exterior...? Es de suponer que haya leyes sobre el aterrizaje de naves espaciales. El cohete sonda puede tomar Tierra en un terreno muy reducido, localizar un aeropuerto espacial lo suficientemente grande para el Homeward y conseguir los permisos necesarios.

—Pasas por alto una cosa —dijo Mellen con preocupación—. Supongamos que carecen de aeropuertos espaciales...

—Deben tenerlos, Tom —protestó Caldwell—, incluso para las naves interplanetarias.

Y Brian añadió:

—Es imposible que seamos la única nave interestelar.

—No me refiero a eso —protestó Mellen—. Seguramente uno de los planetas, Marte o la Tierra hubiese recogido nuestras señales. Habrá alguien que use la radio para algo, aunque sea puramente local. Es decir, ¡si es que hay alguien ahí abajo!

Brian se echó a reír y preguntó:

—¿Te refieres a alguna catástrofe universal?

Brian acababa de hablar con tono sarcástico, pero Mellen tomó su pregunta muy en serio:

—Algo por el estilo —dijo.

—Hay un medio de averiguarlo —propuso Caldwell—. ¿Quieres bajar con el cohete sonda, Brian? No usaremos ahora los motores de transmisión..., no tienes nada que hacer a bordo.

—Iré —aceptó Brian.

Pero apenas podía ocultar su ansiedad, e incluso olvidó su resentimiento contra Mellen por un instante.

—¿Puedo llevarme a Tom para que maneje la radio? —preguntó tras una leve pausa.

Caldwell frunció el ceño y respondió de modo práctico, y con gran tacto.

—Necesitaré a Tom y también a Paula para descender con la nave cuando llegue el momento. Es mejor que lleves a Langdon. Y llévate también un par de hombres; Mellen puede tener o no razón, pero opino que ningún miembro de la tripulación debe

bajar solo mientras no sepamos exactamente lo que vamos a encontrar.

La seriedad de Caldwell hizo muy poca impresión en Brian preocupado por la elección de un copiloto, pues el joven sólo estaba capacitado para manejar las complejas naves interestelares.

Finalmente, fue Ellinor Wade quien se hizo cargo de los controles del pequeño reactor estratosférico, diseñado para la exploración durante las etapas finales de reparación del Homeward. La muchacha dejó que el aparato se hundiese en la masa de nubes, y preguntó:

—¿Dónde hemos de aterrizar?

Langdon se inclinó adelante, estudiando con atención su mapa.

Contestó al cabo de unos segundos:

—Inténtalo en el medio oeste de Norteamérica. Allí se construyeron los primeros cohetes, y todos hablamos inglés...

—A menos que el idioma haya cambiado mucho —murmuró Brian.

Ellie frunció el ceño cuando hizo descender el rapidísimo reactor, trazando un arco sobre una masa de tierra poco familiar. Brian y Langdon se llevaron ambas manos a los ojos, a causa de la súbita luz amarillenta que los hería. La iluminación de a bordo, se limitaba a las suaves luces carmesí que privaban en Tierra Dos, bajo la cual había vivido la tripulación toda su vida. Ellie se inclinó sobre el panel de instrumentos, lanzando en voz baja una maldición muy poco adecuada para una muchacha.

El aparato voló sobre onduladas colinas, y Brian respiró hondo al distinguir el horizonte una masa regular de edificios. Luego dijo en voz baja:

—Ya empezaba a temer si Mellen tendría o no razón con sus desiertos atómicos.

Ellie advirtió:

—Por lo que nos dijeron los Primeros, no me importa tomar tierra en un aeropuerto de la ciudad. Busquemos ante todo un sitio apropiado.

Dirigió el aparato hacia el norte de la ciudad y preguntó luego:

—¿Habéis visto algo que se parezca a un medio de transporte? ¿Aviones, cohetes, o algo por el estilo?

—Nada apreciable a simple vista —respondió Langdon preocupado—, ni ningún movimiento que pueda detectarse con el radar.

—Es extraño... —murmuró Ellie.

Desde aquella altura la visibilidad era muy clara, y cuando el aparato descendió más, los detalles aparecieron con mayor nitidez: amplios campos arados, casas de juguete muy esparcidas, y grupos de pequeños edificios. Parecía haber animales en el campo. Langdon le sonrió, recordando a Tierra Dos:

—Igual que en casa... una comunidad rural corriente, ¡aunque todo parece verde!

—¡Eso se debe a esta ridícula luz amarilla! —exclamó Ellie distraídamente—. Será mejor que te prepares para alguna sorpresa, Langdon...

—Tal vez te la lleves tú —respondió Langdon, tranquilamente.

Este último miró por encima del hombro de Ellie y añadió:

—Allí hay un terreno nivelado, Ellie.

El cohete sonda tocó tierra y se detuvo suavemente; los dedos de Langdon se desplazaron sobre el panel de la radio para enviar un breve mensaje, mientras Brian abría la portezuela. Extraños aromas penetraron en la cabina y los tres tripulantes, entornaron los ojos bajo la fuerte luz, una luz muy molesta, hasta poner pie en tierra.

—Hace frío —murmuró Ellie temblando bajo sus finas ropas.

Langdon miró hacia el suelo y dijo, consternado:

—¡Has aterrizado en un campo de labor!

La comida todavía se conservaba cuidadosamente en Tierra Dos más por hábito que por grave necesidad, en cuanto la conquista del nuevo planeta era insegura y la colonia humana, no se atrevía a correr riesgos. Los tres experimentaron cierta sensación de culpabilidad al mirar las ennegrecidas espigas de grano.

Ellie asió por un brazo a Brian y dijo:

—Alguien viene...

Por entre los surcos del trigo maduro avanzaba un chico de unos trece años. Caminaba con decisión, pero sin prisas. No era muy alto pero parecía fuerte; su rostro estaba muy tostado, y lucía unos cabellos negros muy cortos. Vestía una camisa y pantalones

de faena metidos en botas de caña baja. Todas sus ropas tenían el mismo color: marrón. Incluso Brian guardó silencio cuando el muchacho llegó hasta el cohete sonda, se detuvo para observarlo, mirando luego con indiferencia a las tres personas reunidas ante la portezuela del aparato. El muchacho se acercó hasta la cola del cohete, para examinar los tubos reactores que aún humeaban.

Brian soltó rápidamente la mano de Ellie y gritó, olvidando el discurso que había preparado:

—¡Eh!... ¡no te acerques ahí! ¡Eso está muy caliente, es peligroso!

El chico desistió, volviéndose en dirección a Brian, para decir en un inglés un tanto áspero pero perfectamente comprensible:

—Vi la columna de humo y creía que había caído un meteoro.

Luego se echó a reír, les dio la espalda, y comenzó a alejarse.

Brian, desconcertado, miró a Ellie y a Langdon. La muchacha llamó al chico:

—Por favor... espera un momento.

El muchacho dio media vuelta, y ante su indiferente cortesía, Brian no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Fue Langdon, finalmente, quien dijo con voz vacía:

—¿Dónde podemos...? Traemos un mensaje para el gobierno. ¿Dónde hay algún medio de transporte... para ir a la ciudad?

—¿Ciudad? —repitió el chico—. ¿Para qué? ¿De dónde vienen ustedes? ¿La... la ciudad?

Brian asumió de nuevo el control de la situación.

—Formamos parte de la primera expedición hecha a Centauro, en el Starward —explicó—. Nosotros..., mejor dicho, nuestra nave, dejó este planeta hace cientos de años.

—¡Oh! —exclamó el muchacho, sonriendo amistosamente—. Bien, supongo que estarán muy contentos de haber regresado. Más allá de esa colina...

El chico señaló con una mano y añadió tras una breve pausa:

—...Allí encontrarán una carretera que les llevará a la ciudad.

Se volvió de nuevo y caminó con decisión.

Los tres viajeros se miraron con muda indignación. Brian dio un paso hacia delante y gritó:

—¡Eh..., vuelve aquí!

Con irritado movimiento de cabeza, el muchacho se volvió una vez más y preguntó:

—¿Qué desean ahora?

Ellie insistió con tono amable:

—Este aparato no es más que un cohete sonda de nuestra nave. Tenemos que descubrir un sitio apropiado para aterrizar con la nave espacial. Como puedes ver...

Y Ellie señaló a la extensión de trigo destruido añadiendo a continuación:

—...Nuestros motores han estropeado parte de la cosecha. Nuestra nave espacial es mucho mayor y no queremos causar más perjuicios. Quizá tu padre...

El rostro del muchacho, que al principio reflejaba la desorientación, se iluminó a medida que Ellie hablaba.

—Mi padre no está ahora aquí —les informó—, pero si vienen conmigo les llevaré donde mi abuelo.

—Si tú pudieras decirnos dónde está el aeropuerto espacial más cercano... —sugirió Brian.

El muchacho frunció el ceño.

—¿Aeropuerto espacial? —repitió—. ¡Bueno, puede que mi abuelo les ayude!

Se volvió una vez más y comenzó a caminar. Langdon y Ellie le siguieron al punto; Brian se quedó rezagado, mirando intranquilo al cohete. El muchacho le miró por encima del hombro y le aseguró:

—No tiene por qué preocuparse por su avión...

Se echó a reír alegremente, y añadió:

—...Es demasiado grande para que lo roben.

Brian sintió irritación; la actitud del muchacho era lo suficiente burlona como para ponerse a la defensiva. Pero al darse cuenta de la inutilidad de su cólera, corrió para reunirse con los demás. Al llegar junto a ellos, el muchacho se quejaba:

—¡Creí que había tenido la suerte de encontrar un meteoro caído! Nunca he visto un meteorito...

Después, haciendo un evidente esfuerzo para recordar sus buenos modales, añadió cortésmente:

—Tampoco he visto nunca una nave espacial.

Se hacía evidente que para el chico una nave espacial no significaba gran cosa.

Los frágiles zapatos de Ellie tropezaban constantemente con el desnivelado terreno, y los tres se alegraron al salir, por fin, a una llana carretera que serpeaba por entre pequeños árboles en flor. No habían vehículos de ninguna clase y la carretera era lo suficientemente ancha para que los cuatro caminasen en fila y bastante separados. El paso del muchacho era rápido, siempre delante de ellos, aunque de vez en cuando miraba hacia atrás y reducía su marcha.

En una ocasión que el muchacho se adelantó un buen trecho, Langdon dijo:

—Por lo visto el tráfico ha desaparecido totalmente en las comunidades rurales.

Y Brian comentó:

—¡Es increíble! O estamos tratando con un retrasado mental, o los chicos de aquí están tan adelantados que la primera expedición estelar no significa nada para ellos.

—No estaría yo tan segura —dijo Ellie con lentitud—. Aunque no comprendamos lo que sucede, no tratemos de hacer conjeturas antes de tiempo. Brian, aceptemos las cosas según vayan viniendo.

CAPÍTULO III

Les dolían los músculos, que casi no habían usado durante casi cinco años. La carretera penetró en un pueblo de casas bajas y muy apiñadas, construidas con lo que parecía ser piedra de color gris. Frente a casi todas las casas crecían las flores, formando bellos dibujos geométricos. Pequeños grupos de niños vestidos con pantalones de color amarillo o gris rojizo corrían sobre el césped, gritándose algo que carecía de ritmo. La mayor parte de las casas tenían bajos porches, donde se sentaban mujeres que lucían vestidos cortos y ligeros. La calle no estaba pavimentada y las mujeres no parecían tener ocupación precisa; sus charlas en voz baja poseían un tono

casi musical. Los tres forasteros escucharon una canción que entonaba un hombre con voz monótona. El muchacho les condujo en aquella dirección. Subieron los escalones de un porche para luego atravesar el umbral de una puerta que estaba abierta.

Penetraron en una amplia habitación bien iluminada. Dos paredes parecían estar formadas por persianas, por entre las que se divisaba parte de un jardín; en otra pared había una gran chimenea, en la que parpadeaban unas ascuas. Sobre ellas, y colgada de una brillante cadena, había una reluciente cafetera. Aquello le recordó a Brian un dibujo que había visto en uno de sus viejos libros de historia, y parpadeó ante el anacronismo. El mobiliario le era poco familiar, asientos bajos y llenos de cojines, contruidos a lo largo de las paredes, y unas puertas cerradas en la cuarta pared. De una de las habitaciones interiores surgía una voz de barítono, rica y resonante, que ascendía y descendía en notas muy poco familiares.

El muchacho llamó:

—¡Abuelo!

El cantante terminó una de sus extrañas frases; luego la canción cesó y los tres forasteros escucharon unos pasos lentos detrás de una de las puertas, hasta que entró un anciano de elevada estatura.

Se parecía mucho al muchacho. Sus cabellos eran cortos pero crecidos a lo largo de sus mejillas, aun cuando la barbilla aparecía perfectamente afeitada. Y vestía una camisa y pantalones de labor marrones, y calzaba zapatillas de cuero cosido a mano. Parecía fuerte y vigoroso. Sus manos tostadas y nudosas se veían muy bien cuidadas, aunque algo sucias. El viejo se mantenía muy erguido, examinándoles con gran compostura, con sus ojos negros. Exhibió una sonrisa zumbona, dando unos cuantos pasos hacia adelante. Su voz era cantarina, plena y muy sonora.

—Sean bien venidos, amigos. Están en su casa. Destry, ¿quiénes son nuestros invitados?

El muchacho contestó muy tranquilo.

—Bajaron de una nave espacial, abuelo..., mejor dicho, en parte de una. Aquella estela de humo no era la de un meteoro. Dijeron que querían ir a la ciudad. Y les he traído aquí...

La expresión del hombre permaneció imperturbable. Brian esperaba su sorpresa, una emoción más tangible, pero el anciano conservó la misma calma.

—Por favor, tomen asiento —dijo con afabilidad—. Me llamó Hard Frobisher, amigos, y este es mi nieto Destry.

Los tres tomaron asiento en uno de los anchos bancos, sintiéndose como niños en su primer período de aprendizaje ante los Primeros. Sólo Brian tuvo presencia de ánimo suficiente para murmurar sus nombres:

—Brian Kearns... Ellinor Wade... Langdon Forbes.

El anciano repitió los nombres, inclinándose ceremoniosamente ante Ellie, quien apenas pudo ocultar su asombro. El hombre preguntó, sonriente:

—¿Puedo servirles de ayuda en algo?

Brian se puso en pie.

—El muchacho no se lo ha dicho, señor, pero pertenecemos a la primera expedición de Centauro..., al Starward.

—¡Ah...! —murmuró Hard Frobisher, a la vez que en sus facciones aparecía un ligero interés—. Eso ocurrió hace mucho tiempo, según me han contado. ¿Así que los Bárbaros tuvieron algún medio de prolongar la vida más allá de sus límites señalados?

La paciencia de Brian rebasó también los límites señalados.

—Escuche, señor. Formamos parte de la primera expedición realizada al espacio interestelar. La primera. Ninguno de nosotros dejó la Tierra en el Starward. No habíamos nacido. La supervelocidad, si sabe usted lo que es, cosa que comienzo a dudar, nos sumió en un tiempo subjetivo. Ni tampoco hay necesidad de calificarnos de bárbaros. Cuando el Starward aterrizó, sus motores se averiaron y fueron precisas cuatro generaciones, cuatro generaciones, para repararlos y regresar a la Tierra. Ninguno de nosotros estuvo aquí antes. Somos extranjeros, ¿me comprende? Tenemos que preguntar cosas. Hicimos una pregunta correcta... y ahora, si puede usted darnos una respuesta también correcta...

Frobisher fruncía el ceño y Brian guardó silencio.

—Francamente —suspiró el anciano—. No sé con quien podrían ustedes tomar contacto para resolver su problema. Hay mucha tierra libre al sur de la ciudad, donde pueden aterrizar con su nave...

—Escuche... —comenzó Brian.

Langdon le tomó del brazo, y Brian únicamente rogó:

—Si pudiera ponernos en contacto con el gobierno...

El anciano respondió calmosamente:

—Hay tres gobernadores en nuestro pueblo, pero sólo regulan las horas de escuela y dictan normas sobre el cierre de las casas. No me gustaría molestarles por una fruslería como ésta. No creo que tengan nada que decir con respecto a su..., ¡ah, sí!, a su nave espacial.

Las palabras del anciano dejaron mudos por completo a Brian y a Langdon. Ellie, pensando que se encontraban metidos en una gigantesca tela de araña, preguntó con desesperación:

—¿No podríamos ir a alguna otra..., quizá a una ciudad mayor?

Frobisher la miró sinceramente sorprendido.

—Hay medio día de camino hasta Camey —respondió—, pero cuando ustedes lleguen allí les dirán lo mismo. Si lo desean, repito, pueden ustedes aterrizar con su nave espacial en nuestras tierras sin cultivar, cuando gusten.

Brian respiró hondo y dijo con tono belicoso:

—Aclaremos esto. Dice usted que hay una ciudad mayor cerca de aquí. ¡Tiene que haber allí alguien con autoridad!

—¡Oh, la ciudad! —exclamó desencantado—. ¡Hace muchos años que nadie vive en las ciudades! ¿Para qué quieren ustedes ir allí?

Fue Langdon quien contestó:

—Escuche, señor Frobisher. Hemos venido desde Centauro para traer a la Tierra noticias de nuestra expedición. Esperábamos llevar una sorpresa, después de todo ha pasado mucho tiempo desde que partió el Starward. Pero por lo que usted nos está diciendo, ¿hemos de entender que no hay nadie que nos escuche, que la primera de las expediciones interestelares no significa nada?

—¿Acaso tiene que significar algo? —preguntó Frobisher con expresión aún más asombrada que la de Brian—. Comprendo vagamente sus razones... porque después de todo han hecho un largo viaje, pero, ¿por qué? ¿No se sentían a gusto donde estaban? Sólo hay una razón para que la gente se traslade de un lugar a otro..., y me parece precisamente la que les ha impulsado a ustedes.

Reinó un prolongado silencio en la estancia. Hard Frobisher se puso en pie, mirando a sus huéspedes con indecisión, y Brian creyó por un instante que el anciano iba a

repetir los movimientos de Destry..., volverse y alejarse con indiferencia. Pero el hombre se acercó hasta la chimenea, y examinó lo que parecía una enorme cafetera.

—La comida está ya lista —dijo—. ¿Puedo invitarles a que se unan a nosotros? La buena comida está reñida con las disensiones, y no hay sabiduría en un estómago cuando está vacío.

Brian y Langdon tomaron asiento de nuevo, desorientados ante Frobisher. Fue Ellie quien respondió con firmeza:

—Gracias, señor Frobisher...

Y al mismo tiempo hundió un codo en las costillas de Brian susurrándole con furia:

—¡Compórtate como es debido!

Destry se acercó para ayudar a su abuelo a poner la mesa, y los extranjeros tomaron asiento. La comida les resultó totalmente desconocida y muy poco agradable, acostumbrados a los alimentos sintéticos de a bordo; Brian, con mal talante, no hizo el menor esfuerzo por ocultar su desagrado. Langdon comió con indiferencia. Hard y Destry lo hicieron con el apetito voraz de quienes pasan largo tiempo al aire libre. No hablaron durante la comida, excepto para instar a sus invitados a servirse más alimentos. Ellie fascinada saboreó los manjares con interés puramente profesional, preguntándose cómo estarían preparados.

No mucho después Hard Frobisher hizo una seña a Destry y el muchacho se levantó para retirar los platos de la mesa. Frobisher echó hacia atrás su silla para volverse hacia Brian.

—Ahora podemos discutir su problema, si así lo desea —declaró con afabilidad—. Cuando el estómago está lleno, se toman siempre decisiones prudentes.

Luego miró a Ellie, sonriendo, y añadió:

—Lamento no tener a una mujer en mi casa para entretenerla a usted mientras nosotros hablamos.

Ellie bajó los ojos al suelo, profundamente turbada. En el Homeward, al igual que en Tierra Dos, los hombres y las mujeres eran perfectamente iguales. La cortés deferencia de Hard era algo nuevo para ella, y la noticia de que no podía tomar parte en la conversación constituía una sorpresa un tanto desagradable. Langdon cerró los puños, mientras Brian parecía a punto de estallar. Ellie calibró con una sola ojeada, y tomó una rápida iniciativa.

—¿Puedo ayudarte? —propuso a Destry con una sonrisa tímida.

El muchacho sonrió a su vez, y dijo:

—Claro, venga conmigo —respondió—, usted llevará los platos y yo la olla.

Frobisher se recostó en su silla, y extrajo de un bolsillo una bolsa de cuero. Lentamente cargó una pipa de ámbar tallado, que hizo pensar a Langdon en cierto nivel de civilización. También en Tierra Dos existía la costumbre de fumar, pero el aroma de aquel tabaco no era corriente. Los dos jóvenes contuvieron la tos y rechazaron la bolsa que el anciano les ofrecía, sacando del bolsillo sus propios cigarrillos grises para inhalar ávidamente el humo dulzón que anulaba el hedor de la pipa. En la otra habitación oyeron el rumor de agua, y la insegura voz del muchacho, mezclada con la risa alegre de Ellie. Brian frunció el ceño y apoyó los codos sobre ambas rodillas.

—Veamos, señor Frobisher —dijo con aspereza—. Sé que intenta mostrarse hospitalario, pero, si no le importa, vayamos al grano. Tenemos que aterrizar con la nave, y después...

Brian se detuvo, preguntándose si no estaría en una especie de reserva para retrasados mentales. Pero no, la estancia estaba amueblada con sencillez, pero con gusto. La madera de los muebles, aparecía bellamente barnizada y la alfombra que cubría parte del suelo hacía juego con los cortinajes de las ventanas. La casa respiraba comodidad, y hasta un cierto lujo, sin contar con el hecho de que el acento de Frobisher era el de un hombre culto. No parecía excéntrico, a juzgar por lo que Brian había observado hasta entonces acerca de casas y de personas. Destry no se impresionó lo más mínimo ante el pequeño reactor, sabía de qué se trataba y aun así se mostró impasible. Era algo radicalmente distinto de lo que esperaba, y el cambio le infundía temor. Estudió uno de los cuadros que colgaban en las paredes de la estancia, y entonces advirtió la primera excentricidad; en su mayor parte los cuadros eran apuntes de pájaros, trazados con mucha precisión, pero la combinación de los colores denunciaba una mente enferma... Brian comprendió que aquella luz tan intensa y nada familiar era lo que daba un extraño realce a los colores; a la vez sintió gran escozor en los ojos, y un violento dolor de cabeza. Descansó su frente sobre sus puños crispados y cerró los ojos.

—No se trata de que aquí no sean ustedes bien venidos —murmuró Frobisher pensativamente dando una fuerte chupada a su pipa—. Comprendemos que sólo hay una razón para impulsarles a abandonar su planeta y que no fueran ustedes felices allí. Comprendemos que...

—¡De todas las estúpidas e injustificadas suposiciones...! —barbotó Brian furioso.

Luego se dominó. Estaba perdiendo su proverbial dominio de sí mismo. Se hallaban muy alejados de la tripulación, y no podían permitirse el lujo de meterse en dificultades. Tras frotarse los irritados ojos, se excusó:

—Lo siento, señor Frobisher, no quise ofenderle...

—No me ha ofendido —le aseguró Frobisher—, y por supuesto que yo tampoco lo he pretendido. Si me he equivocado...

—Hemos venido aquí por un motivo —le informó Langdon—. El dominio del hombre sobre el mundo exterior al sistema solar. Dicho en otras palabras, terminar lo que los Primeros comenzaron.

—Y a juzgar por las apariencias —murmuró Brian con amargura—..., hemos perdido el tiempo.

—Sí, me temo que así es...

Un cambio en el tono de voz de Frobisher les hizo alzar la cabeza. El hombre añadió:

—Lo crean ustedes o no, conozco perfectamente sus problemas, señor Kearns. He leído mucho acerca de los Bár..., perdón..., acerca del pasado...

Pensativo, el anciano vació la cazoleta de su pipa, y continuó:

—Supongo que no les queda vida suficiente para regresar a Centauro, ¿no es así?

Brian se mordió el labio inferior.

—Existe una posibilidad... —respondió—, pero no hallaríamos con vida a ninguno de nuestros compañeros. Eso en caso que pudiésemos regresar, porque nuestras reservas de combustible son limitadas...

Luego miró a Frobisher en muda interrogación.

—Pues no sé qué hacer por ustedes —suspiró el anciano.

En su tono había una sincera preocupación. Y fue aquello justamente lo que hizo a Brian estallar por fin. Ignorando el gesto apaciguador de Langdon, se puso en pie.

—Escuche, Frobisher —dijo con rabia—. ¿Quién diablos le ha concedido autoridad para tomar decisiones?

La expresión del rostro de Frobisher no varió en absoluto.

—Aterrizaron ustedes en mis tierras y mi nieto les trajo a esta casa —repuso.

—Así que asume toda la responsabilidad. ¿Acaso gobierna usted la Tierra?

El hombre quedó boquiabierto.

—¿Que yo gobierno...?

Frobisher estalló en carcajadas, apretándose los costados. Su regocijo era incontenible.

—¿Que yo gobierno la...?

Las carcajadas se hicieron más violentas, tan contagiosas que Langdon terminó por esbozar una sonrisa de desorientación, mientras que la cólera de Brian comenzaba a desvanecerse.

—Lo siento —logró articular Frobisher, con lágrimas en los ojos—. Es la cosa más graciosa que he oído desde la siega de primavera. Que yo gobierno... ¡ja, ja, ja! Ya verá cuando se lo diga a mi hijo..., lo siento, señor Kearns, no pude dominarme..., ¡que yo gobierno la Tierra...! ¡Cielos...! ¡Tengo trabajo de sobra con gobernar a mi nieto!

El anciano rió nuevamente. Brian no comprendía qué podía hacerle tanta gracia y así lo expresó en voz alta.

Haciendo un esfuerzo, Frobisher dejó de reír y en sus ojos apareció una nota de seriedad.

—Usted ha recurrido a mí —declaró—, y eso hace que la responsabilidad sea mía. No voy a rechazarla, ni a negarles mi hospitalidad, pero francamente, preferiría que hubiesen encontrado a otra persona...

Frobisher rió entre dientes y añadió:

—¡Estoy seguro de que ustedes van a crear dificultades! Si no quieren escucharme, pueden acudir a otro, pero me temo que todos le dirán lo mismo...

La sonrisa del anciano y su expresión amistosa hicieron desaparecer instantáneamente la ira de Brian, si bien continuaba tan desorientado como antes.

Frobisher añadió calmosamente:

—El pueblo de Norten puede llevar este problema tan bien como cualquier otro...

Se puso en pie.

—...Supongo que sus compañeros estarán preocupados por ustedes. ¿Disponen de algún medio de comunicación?

Y cuando Langdon asintió desesperadamente, Frobisher descolgó un abrigo de una percha diciendo:

—Entonces, ¿por qué no informarles? Podemos seguir charlando por el camino..., ¿no les importa que vaya con ustedes?

—No, en absoluto —respondió Brian débilmente—. En absoluto.

CAPÍTULO IV

Recordando la recomendación de Caldwell sobre no separarse, Brian insistió en que Ellie les acompañara hasta el cohete. Al parecer poco interesado, Destry rechazó al principio la invitación de su abuelo para unirse a ellos, pero cambió de idea. Tomó una chaqueta gruesa, pero, ante la sorpresa general, no se la puso, sino que se la echó a Ellie sobre los hombros, explicando concisamente a su abuelo:

—Tiene frío.

Luego, sin esperar a que le diesen las gracias, se adelantó con grandes zancadas.

El sol estaba poniéndose, y la luz se hizo casi intolerable. Brian cerraba los ojos, de vez en cuando, y Langdon fruncía el ceño con mayor frecuencia; Ellie se llevó una mano a la frente, y Brian rodeó su cintura con el brazo.

—¿Te duele la cabeza, querida? —preguntó.

La muchacha hizo un mohín y replicó:

—¿Crees que nos acostumbraremos a esta luz?

Langdon dijo:

—Supongo que los Primeros sintieron lo mismo en Theta Centauri.

Ellie sonrió débilmente.

—Es probable —admitió—, pero nadie les dio la bienvenida.

Frobisher marcaba el paso delante de ellos, y Brian declaró con tono indignado:

—Creo todavía que todo esto es una estratagema. O de lo contrario nos encontramos en una reserva primitiva. ¡El mundo no puede ser así!

—¡Oh, no seas tonto! —exclamó Ellie, frotándose los ojos—. ¿Cómo iban a saber que aterrizaríamos aquí?

Algunas de las mujeres reunidas junto a los porches saludaban familiarmente a Frobisher, quien alzaba la mano con ademán alegre. Pero nadie prestó atención a los extranjeros, excepto una mujer regordeta, de cabellos muy rizados que caían en forma de salchicha sobre su frente.

—Veo que tienes invitados, Hard... si tienes la casa demasiado llena, la mía está vacía.

Frobisher la miró sonriente y replicó:

—Puede que necesitemos de tu hospitalidad. Aún hay más y vienen desde muy lejos.

La mujer observó con una aguda mirada femenina, los cabellos cortos, el traje de espuma sintética que ocultaba la chaqueta de Destry, las sandalias de caucho, y, sobre todo, las piernas desnudas de Ellie. Luego extendió su mano en ademán amistoso y preguntó:

—¿Piensa quedarse en nuestro pueblo, querida?

—Aún no lo han decidido —contestó Frobisher con tono indiferente.

Pero Ellie, arrastrada por un súbito impulso de amistad, contestó:

—¡Así lo espero!

Y estrechó con calor la mano que la mujer le extendía.

—También yo lo espero, querida. No es frecuente que tengamos vecinos jóvenes —replicó la mujer—. Usted y su esposo —Ellie enrojeció ante aquel arcaísmo— pueden contar con nosotros, si se establecen aquí.

La mujer volvió entonces a su casa.

Langdon murmuró en voz baja:

—Es como estar en Tierra Dos, pero todo..., todo...

—¡Tiene que haberse producido algún desastre! —exclamó Brian—. ¡Culturalmente llevan mil años de retraso, viven mil años antes de que hubiera partido del Starward! ¡Hasta Tierra Dos está más civilizado que esto! Aquí cocinan aún con fuego...

—¿Cómo mides la cultura? —murmuró Ellie ante la sorpresa de Brian—. ¿No habrán progresado de forma desconocida para nosotros? La diferencia puede reducirse al punto de vista.

Brian sacudió la cabeza tercamente.

—Es una regresión —protestó.

Pero Ellie no respondió, porque habían divisado el cohete. Frobisher disminuyó su marcha para ponerse a la altura de los demás.

—Ahí tienen su avión —indicó—. ¿Se comunicarán desde aquí o volverán a bordo de su nave espacial?

Brian y Langdon se miraron.

—No lo hemos pensado —admitió Langdon—, pero... Brian..., sin una señalización especial, o al menos indicador de rayos, ¿cómo van a aterrizar?

Brian frunció el ceño.

—No sé mucho de cohetes —dijo finalmente—, pero los supermotores son mi especialidad. ¿Cuánto espacio necesitan para aterrizar?

Langdon respondió, preocupado:

—Paula y Caldwell..., entre los dos..., si fuera preciso podrían posar el Homeward sobre el laboratorio bioquímico del bisabuelo de Kearns, sin romper ni un solo tubo de ensayo. Pero necesitarían una señalización. De aterrizar a ciegas, pueden caer sobre el pueblo... —se detuvo y aclaró—: Es decir, si estiman nuestra dirección según los datos que transmitamos desde aquí.

—En tal caso —sugirió Brian—, sería mucho mejor volver a la nave y buscar un desierto bastante grande como para aterrizar a ciegas.

—Regresar a la nave resultará un problema con esta luz —observó Ellie preocupada—. Dentro de una hora será de noche... y me temo que vamos a quedar sumidos en una completa oscuridad.

Frobisher se mantenía a cierta distancia durante la conversación. Brian insistió:

—¿Qué le pasa a tu cerebro, Ellie? Podrías viajar hacia el sol y allí hacer carreras de velocidad con el Homeward.

—Pero quizá no volvamos a localizar este paraje —objetó Langdon.

—¡Por el amor de...! ¿A quién le importa eso ahora? —estalló Brian.

—A mí me importa —repuso Langdon con firmeza—. Según Frobisher, en todas partes privan las mismas condiciones, y me... gusta ese anciano, Brian. Me gusta este lugar. Me agradaría quedarme aquí, establecerme aquí.

Brian le miró.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó.

—Nada de eso. Si queremos explorar cuando el Homeward haya aterrizado, disponemos del cohete y de suficiente combustible. Ya que estamos aquí, quedémonos aquí.

Brian no pudo ocultar que su confianza en sí mismo había disminuido, era la primera vez que un miembro de la tripulación ponía en tela de juicio su criterio, y aunque muchos de ellos estuvieran en desacuerdo con sus métodos. Se encogió de hombros y repuso:

—Veo que mi voto ya no cuenta. De todas maneras abandoné el mando al arrancar los motores atómicos. ¡Arréglatelas con Caldwell!

Luego se alejó en dirección al costado opuesto del cohete. Oyó como funcionaba la radio, pero no le prestó la menor atención, porque Ellie se hallaba junto a él.

La muchacha alzó el rostro, sonriendo afectuosamente. Brian, aún distraído por mil pensamientos contradictorios, admiró el nuevo misterio que adquirirían los cabellos de la muchacha bajo aquel sol de color oro viejo. Los tonos rojos se habían difuminado y los cortos rizos parecían pura y delicada plata. Con aquella nueva luz, Ellie aparecía muy blanca y frágil y Brian la tomó impulsivamente en sus brazos. Ella le rodeó ansiosa con los suyos en un gesto de simplicidad que el joven esperaba.

—El viaje ha terminado —murmuró ella dulcemente—. Hemos esperado tanto tiempo, Brian. Qué importa si el computador se ha equivocado en sus previsiones. Bésame, tonto.

La fuerza de los brazos de Brian era considerable y la muchacha no pudo reprimir un gemido.

—¡Eh...! No estoy acostumbrada a pesar tanto..., tómallo con calma... —protestó Ellie, riendo, mientras Brian inclinaba la cabeza hacia la suya.

Ellie sentía la luz del sol en sus ojos, la fatiga física producida por la falta de ejercicio, y la sensación de excesiva gravedad... Tierra Dos era un mundo pequeño y ligero. En los brazos de Brian había una desesperada urgencia; después la soltó, diciendo con voz áspera:

—¿Adónde ha ido Frobisher? ¡Maldita sea, Ellie! ¡Necesito tener las ideas muy claras!

Dolorida, pero consciente de la súplica que escondía la dura fachada de Brian, Ellie fingió no advertir su rechazo, e hizo un esfuerzo para pensar en otra cosa.

—Él y Destry están examinando el grano estropeado...

—Pagaremos ese grano. Ahí vienen...

Brian dio un furioso puntapié a una espiga de trigo, y murmuró:

—Vamos a necesitar meses para ponernos en forma, después de tanto tiempo en el vacío. No estamos preparados para esta gravedad. ¿Te has fijado cómo camina Frobisher? Parece el dueño del mundo...

El resentimiento era patente en su voz, y luego añadió:

—...¡O que posee todo cuanto deseaba!

Cuando abuelo y nieto se acercaron a ellos, dijo:

—Señor Frobisher, gustosamente le pagaremos todo el trigo que hemos estropeado.

—No debe preocuparse por ello —repuso Frobisher. Por primera vez había cierta nota de respeto en su voz. Tras una ligera pausa añadió—: Pero eso muestra su buena disposición. Si insiste en pagar, podrá contribuir con su trabajo en la próxima temporada una vez se haya establecido aquí.

Brian se sentía muy desconcertado por las palabras del anciano, pero decidió no insistir más. Cuando Langdon se unió a ellos le preguntó:

—¿Qué ha dicho Caldwell?

—Que lo intentará si le proporcionamos alguna clase de señalización —respondió Langdon—. ¿Dónde desea que tomemos tierra, señor Frobisher?

Hard Frobisher comenzó a dibujar en el suelo con un largo palo.

—Sobre esta elevación... —dijo.

—Llevaremos el cohete hasta allí —decidió Ellie.

Luego, obedeciendo a un segundo pensamiento, lo invitó:

—¿Vienen con nosotros hasta allí?

Hard Frobisher miró pensativamente al cohete, después hacia el horizonte.

—...El camino no es largo y podemos ir a pie.

Pero Destry dijo ansiosamente:

—Creo que me gustaría ir, abuelo.

El anciano sonrió comprensivamente.

—Los jóvenes siempre muestran entusiasmo por todo, señorita Wade —dijo casi en tono de disculpa—, pero en fin, de acuerdo.

Brian volvió a asombrarse. ¿Cómo aquellos humanos eran tan confiados? Incluso en Tierra Dos, donde la colonia estaba muy unida, mostraban cierta cautela. ¿Cómo podían saber Frobisher y Destry que no iban a raptarlos?

Fue un gran alivio regresar al interior del cohete y encender la familiar luz carmesí. Destry mostró alguna sorpresa ante aquella iluminación, pero Frobisher no hizo preguntas, ni pareció impresionarse lo más mínimo cuando el cohete despegó verticalmente y trazó un círculo en el aire antes de aterrizar en el borde de una gran meseta desnuda. Sólo en un momento de la maniobra, Frobisher pareció algo sorprendido, cuando Ellie tomó los mandos del aparato. El anciano miró a Brian, luego a Langdon, y después a la esbelta y pequeña muchacha, pero se abstuvo de todo comentario.

Tomaron tierra y Langdon puso en marcha el transmisor. Brian lo tomó de su mano y preguntó:

—¿Oiga...? ¡Atención, Homeward! Habla Kearns... ¿Eres tú, Tom?

La bronca voz de Mellen, preguntó desde muy lejos:

—¿Tenía yo razón cuando dije que no habría aeropuertos?

—La tenías —replicó Brian secamente.

—Hemos captado vuestras señales. Pero Paula dice que aterrizaremos directamente sobre el cohete. Y si no lo hacemos, ¿cómo hallaremos el sitio elegido?

Tom parecía desorientado. Al cabo de una pausa agregó:

—En los últimos segundos de frenado..., no resulta fácil controlar la nave.

—¡Diablos! —exclamó Brian—. ¡Aguarda un minuto tan sólo!

Explicó la situación a Langdon, quien repuso ceñudamente:

—Sólo hay una solución. Quitemos el combustible del cohete...; el impacto lo haría explotar... Podemos prescindir del cohete, pero no de nuestra tripulación. Tomarán tierra con cierta violencia, pero todos están bien sujetos a sus literas, y nadie sufrirá daño.

—Pero más adelante necesitaremos el cohete —arguyó Brian.

—¿Se te ocurre algo mejor? —preguntó Langdon—. Si yerran el impulso, pueden incendiar todo el pueblo.

—Todavía sigo creyendo que debíamos elegir un desierto —insistió Brian.

Destry les interrumpió con disgusto:

—Cuando se quiere que un martín pescador bucee, se arroja un trozo de pan al lugar que interesa, no se deja de la mano por las buenas. Si esa señal... o lo que sea, sale de ahí... —dijo el muchacho, señalando al transmisor—, ¿por qué no sacarlo del avión, y llevarlo al lugar donde deseen que aterrice su nave? Un aparato tan pequeño, como éste, no sufriría daños importantes, ¿verdad?

Brian y Langdon se quedaron boquiabiertos.

—Destry —murmuró Ellie tras un breve silencio—, tienes madera de científico.

—Escuche —replicó el muchacho amoscado—, puede que la idea no fuera buena, pero no tiene por qué insultarme...

—Pero sí es buena —interrumpió Langdon—. No sé como no se me había ocurrido... ¡Debo haberme vuelto imbécil con esta luz! Brian, la idea es buena. Ellie, mientras yo

me comunico con Mellen y desmonto el aparato, saca el resto del transmisor de radio. Tendré que volver para soldar unos cuantos cables. Creo que cuando terminemos será de noche, así que conviene preparar unas cuantas lámparas. Vamos... a trabajar...

Langdon hizo funcionar el interruptor y llamó:

—¿Homeward, Homeward? Habla Forbes... ¿Eres tú, Tom...? Dentro de unos veinte minutos estará lista la señalización.

Brian y Ellie lucharon por alzar el pesado asiento del aparato donde se hallaba el resto del transmisor de radio; la gravedad poco familiar, les hacía la tarea casi imposible. Destry cogió un extremo del asiento y lo levantó con suma facilidad. Ellie y Brian se inclinaron sobre el equipo que allí se guardaba. La muchacha murmuró al oído de Brian:

—Bonita tu teoría sobre la regresión. Ese chico sabía de qué hablaba.

Brian gruñó:

—¡Y empleó una analogía de historia natural! Si Langdon o yo no estuviéramos tan trastornados, sin duda se nos habría ocurrido lo mismo.

Ellie no contestó. No valía la pena encolerizar de nuevo a Brian. La muchacha se alejó, mientras que Langdon disponía rápida y diestramente el equipo para emitir una señal constante. Tuvo que encender las luces del cohete durante la tarea, y antes de que el dispositivo estuviese terminado el sol ya se había puesto. Al asomarse a la compuerta del cohete, Langdon frunció el ceño.

—¡No veo absolutamente nada! —protestó, tomando una de las lámparas rojas que Ellie le entregaba—. Puedo enviar la señal con esto... Sí..., pero no conozco la disposición del terreno...

Hizo un movimiento con la mano abarcando la desnuda tierra y añadió:

—Me voy a perder ahí... o me equivocaré al colocar la señal.

Destry intervino:

—Conozco este lugar como la palma de mi mano... yo buscaré un buen sitio para el aterrizaje.

—¿Necesitas más ayuda? —preguntó Brian.

Pero Langdon negó con un movimiento de cabeza:

—No, gracias. No tiene sentido que los dos nos metamos en esa oscuridad.

Recogió el dispositivo de radio, y en compañía de Destry, avanzó hacia el campo, sumido para Brian y Ellie en plena oscuridad, aunque estaba bañado por la clara luz de la luna. Ellie y Brian permanecieron inmóviles en la compuerta del cohete, forzando los ojos para distinguir la luz rojiza de la lámpara de Langdon. La joven tembló bajo la áspera chaqueta de Destry. Un brazo de Brian la rodeó en la oscuridad.

Ellie murmuró:

—¡Si llegamos a ir a Marte...!

Frobisher, tras ellos, exhaló un profundo suspiro:

—Han tenido ustedes suerte..., no habrían vivido allí ni tres días, fuera de su nave..., supongo que la nave es autónoma, ¿verdad?

—¡Oh, sí! —asintió Brian—, pero... Marte era una colonia bastante desarrollada cuando el Starward partió.

Frobisher se encogió de hombros.

—Todo el mundo regresó de Marte antes de que los hombres del espacio abandonaran sus empresas. Ahora allí ya no queda agua.

Brian murmuró:

—Y a estas alturas habrán colonizado ustedes todos los planetas, y alcanzado las estrellas más próximas.

La voz del anciano perdió su agradable inflexión.

—Dice usted cosas sorprendentes, señor Kearns..., no indica que pudimos colonizar todos los planetas —lo que por otra parte es verdad—, sino que debimos haberlo hecho. ¿Tiene usted inconveniente en explicarme el motivo? ¿Y el objeto? Los planetas no son lugares adecuados para los seres humanos, a excepción de éste..., y le aseguro que no me agrada vivir en ningún otro.

Brian saltó, indignado:

—¿Quiere decir que ya no hay viajes espaciales?

—Desde luego que no —respondió Frobisher—. A nadie le interesa ir a otros planetas.

—Pero..., ¡los planetas ya habían sido conquistados al partir el Starward!

Frobisher se encogió de hombros nuevamente.

—Los Bárbaros hicieron muchas cosas que nosotros consideramos estúpidas —dijo—. ¿Por qué habría de llamarse a eso conquista? ¿Con el fin de animar a los hombres a buscar otros mundos para los cuales no están biológicamente adaptados? He leído muchas cosas acerca de los Bárbaros, sobre su insaciable egoísmo, su curiosidad infantil, su ansia constante de huir de sus propios problemas, pero, perdóneme por decir esto, no trato de ofenderle en absoluto, ¡nunca las había creído hasta hoy!

Ellie tomó del brazo a Brian antes de que éste contestara.

—Escucha..., mira hacia allí, Langdon está haciendo señales..., deben haber montado ya el transmisor —observó Ellie trazando amplios círculos con su linterna.

Langdon y Destry no tardaron en surgir de la oscuridad, y tomando asiento bajo la luz rojiza que se filtraba por las ventanillas del cohete.

—Listo —dijo Langdon—. Ahora debemos esperar a que Laura localice la señal, y Caldwell haga descender la nave.

—Confío en que alguien se acuerde de “Einstein” —murmuró Ellie preocupada—. No me gustaría que se rompiera el cuello en los últimos segundos del viaje.

—Judy cuidará de él —aseguró Langdon.

Durante la espera. Brian insistió en exponer cuantos argumentos oyó a los Primeros sobre la necesidad de los viajes espaciales.

—¿Y qué opina acerca del exceso de población? ¿Y sobre la alarmante disminución de alimentos y riquezas naturales?

La risa de Frobisher resonó con fuerza en la oscuridad.

—Ni siquiera los Bárbaros esperaban encontrar alimentos naturales en Marte o en Venus —dijo—. Los viajes interestelares podrían haber resuelto el problema, pero a un precio prohibitivo. Sin embargo, cuando el hombre decidió abandonar la busca de riquezas naturales basándose en vastos proyectos teóricos, el problema se resolvió fácilmente.

—¿Cómo se llegó a tal decisión? —preguntó Brian casi tímidamente.

—No lo sé —replicó Frobisher pensativo—, pero cuando se hace perentoria una decisión, alguien se encarga de tomarla. Es probable que el exceso de población llegara a tales extremos, me refiero al conjunto del sistema solar, puesto que la Tierra era responsable de la alimentación de Marte y de Venus, que durante una o dos generaciones todas las personas capaces dedicaran sus esfuerzos a la fabricación de alimentos en vez de a la astronomía, o como llamaran a eso. Una vez resolvieron este problema, se consideró la ciencia en términos del beneficio humano, y quizá se pensó que los recursos se controlaban mejor aquí en la Tierra. Eso eliminó también las guerras, no hace falta mucho tiempo para que ciertas actitudes se desarrollen. Tras generaciones de superpoblación, la gente se había vuelto neurótica y los científicos de entonces, imagino yo, dieron a las mujeres la posibilidad de no tener los hijos que no desearan. Ese que podríamos llamar deseo de muerte redujo eficazmente la población en sólo dos o tres generaciones; se podría decir que los neuróticos se suicidaron pura y simplemente. ¿Es ésta su nave... o es otro de los meteoros de Destry?

Todos se alejaron en la oscuridad, en tanto resonaba un increíble rugido hasta que, como un telescopio de fuego, el Homeward se posó en Tierra. Brian, entre Destry y Ellie, se preguntó si aquél se sentía aún decepcionado en su espera de un meteorito.

CAPÍTULO V

Las preguntas y las explicaciones se multiplicaron.

—¡Eh..., ya estamos aquí!

—¿A quién se le ocurrió montar ese dispositivo de señalización?

—¡Eh...!, no veo nada..., ¿es que no hay luz en este planeta? ¿No podíamos haber aterrizado de día?

—¿Dónde estamos? ¿En China?

—¡Maldita gravedad...! ¡Casi no puedo andar!

—¡Ellie...! —sonó una voz más imperativa que las demás—. Ven aquí y recoge a ese maldito gato tuyo.

Ellie corrió hacia Judy, que caminaba a tropezones con “Einstein” a cuestas. Cuando llegó junto a ella, Judy gritó:

—¡Toma..., coge a ese bicho...! ¡Me está arrancando el pelo de raíz!

Y Judy se echó la espesa cabellera sobre un hombro al mismo tiempo que añadía:

—Me parece que el pelo es aún más molesto con la gravedad.

“Einstein”, chilló alborozado al cogerlo Ellie.

Al cabo de unos segundos volvió a oírse la voz de Frobisher:

—Les ofrezco la hospitalidad de nuestro pueblo y la de mi casa mientras lo deseen.

Ellie casi tropezó con Mellen y Paula, estrechamente abrazados en la salida de la nave. Sus rostros brillaban débilmente bajo el resplandor rojizo que se filtraba por la puerta compuerta, y por un instante les envidió. Sólo sentían una emoción concreta al tomar tierra. No les importaba en absoluto lo que pudiesen encontrar..., habían llegado y estaban juntos. Ellie se volvió rápidamente para no molestarlos, pero Tom le dirigió una alegre sonrisa que hizo casi apuesto su afilado rostro. Paula corrió hasta Ellie y la abrazó.

—¡Todo ha terminado! —murmuró jubilosa—. ¡Ya estamos aquí!

Pero sus negros ojos exteriorizaban cierta tristeza al añadir:

—Me hubiera gustado hallar alguna forma de comunicar a nuestros padres que llegamos sanos y salvos.

—Nunca lo dudaron —la consoló Ellie afectuosamente.

Tom Mellen gruñó:

—¿Qué está diciendo Kearns? Silencio, muchachas...

Brian se dirigía a la tripulación.

—Escuchen, no podemos ir todos. Algunos de nosotros deberán permanecer en el Homeward. Sugiero que durmamos a bordo, para visitar el pueblo por la mañana...

—Quédate tú si quieres —dijo Caldwell con violencia—. Ya estoy harto del Homeward.

Estalló entonces una verdadera rebelión, al proclamar la pequeña Judy:

—¡Si alguna vez vuelvo a bordo del Homeward, tendrán que llevarme atada!

Y Mellen gritó:

—El viaje ha terminado y volvemos a ser civiles, Kearns, así que deja ya de darnos órdenes.

Con el rumor de las voces, el gato de Centauro se enfureció, y saltó a tierra desde el hombro de Ellie, para emprender una extraña carrera en la oscuridad. Ellie gritó:

—¡Cogedlo..., cogedlo!

Paula trató de alcanzarlo, pero no lo consiguió, tropezando y cayendo al suelo. Quedó inmóvil, riendo como una histérica, mientras el gato penetraba en el círculo de luces. El animal intentó familiarizarse con la insólita gravedad; luego olisqueó la hierba, lanzó un maullido musical y terminó por tenderse boca arriba y retozar alegremente.

Brian había perdido toda su posible autoridad. Los tripulantes del Homeward, casi adolescentes y excitados por la euforia de haber puesto fin al viaje, se echaron en la hierba, jugando como si fuesen niños, y sin prestar ninguna atención a su jefe. Cuando Ellie hubo capturado por fin a “Einstein”, y se calmaron un poco los ánimos, Brian no tenía otro deseo que salvar de algún modo las apariencias. Lívido y casi sin poder pronunciar palabra, rogó a Caldwell, el más sereno del grupo, que aceptara la hospitalidad de Frobisher en nombre de todos. Apoyado en la escalerilla de la nave contempló sombríamente cómo sus compañeros se alejaban bajo la guía de Destry. Se reían aún por cualquier cosa, tomados de la mano para no tropezar y caer en la oscuridad.

Hard Frobisher se dirigió hacia él, y Brian, obedeciendo a un súbito impulso, le preguntó:

—¿Le gustaría subir a bordo?

La respuesta fue inesperada:

—Sí, creo que me interesaría ver el interior de su nave...

Y acto seguido subió la escalerilla, detrás de Brian.

El visitante observó con curiosidad las literas y los complicados aparatos de recreo, inspeccionó las cabinas sin grandes comentarios y lanzó un gruñido de interés en el departamento de Cultivo de Alimentos. Finalmente, Brian le condujo hasta la enorme cabina de control, donde pasó la mayor parte del viaje a cargo de los complejos motores.

Ante aquella tremenda maquinaria, Frobisher pareció por fin impresionado. Quebró el silencio reinante con una pregunta:

—¿Conoce usted todos estos aparatos?

Brian se echó a reír condescendiente y replicó:

—Sí, soy técnico en este tipo de motores. Tuve que especializarme para ello.

—Le debió costar toda una vida aprender esto, ¿no?

Brian sonrió nuevamente y dijo:

—No, sólo unos doce años aproximadamente.

—¡Doce años! —exclamó Frobisher—. Doce años... ¿Y para llegar hasta aquí? ¿Cuatro?... ¡Cuánto tiempo desperdiciado..., metido en una sala llena de máquinas!

Brian advirtió entonces, con cierto embarazo, la nota de emoción que había en la voz del anciano. Era auténtica piedad.

—¡Pobre muchacho! —volvió a exclamar Frobisher—. ¡Pobre muchacho! ¡Perder dieciséis años encerrado aquí! No me sorprende que sea usted un...

El anciano se detuvo, al ver quizá cómo Brian tensaba las mandíbulas.

Brian habló en voz baja, y con cierto tono de amenaza:

—¡Oh, no se detenga! Dígame..., no le sorprende que yo sea... ¿qué?

—Un neurótico —concluyó Frobisher, calmamente—. Por supuesto tuvo que justificarse a sí mismo por haber empleado ahí su vida.

Frobisher hizo otra pausa y movió la cabeza tristemente:

—Por fortuna aún es usted joven...

—Esta nave —replicó Brian con rigidez—, ¡es el más grande logro de la raza humana! Si yo viviese el doble que usted..., nunca...

Brian oprimió de pronto un interruptor. La gran cúpula se abrió y los inmensos telescopios aproximaron las rutilantes luces de las estrellas, dejando al anciano y al muchacho bajo una enorme galaxia esplendente como el mismo fuego.

—¡Maldita sea! —exclamó Brian con voz ronca—. Amigo, hemos viajado en esta nave durante nueve años-luz para nada, ¡para nada! Hemos pisado mundos donde nunca ningún ser humano estuvo antes. ¡Le aseguro que ésta es la empresa más grande que la humanidad ha hecho!... Y yo he tenido el privilegio de tomar parte en ella...

Brian tartamudeaba, y, al darse cuenta, se detuvo.

Frobisher le miró con tristeza, profundamente embarazado.

—Pobre muchacho... ¿Y para qué? ¿Qué obtuvo con todo esto?... ¿Qué provecho le ha producido, no sólo a usted, sino a todos los demás seres humanos?

Brian gritó de pronto:

—¡Viejo imbécil! ¿Ha oído hablar alguna vez de la ciencia?

—No la desconozco del todo —replicó Frobisher fríamente. Luego añadió con el mismo tono de ansiosa amistad—: Muchacho, supongo que cree en cuanto le han enseñado. ¿Puede mostrarme un solo ser humano, actual o pasado, que haya obtenido con el viaje del Starward algo que no sea satisfacer una vanidad personal? Si considerara cuidadosamente el asunto, descubriría que la construcción, lanzamiento y el coste del Starward defraudaron a un gran número de personas.

Brian replicó, casi desesperadamente:

—Los individuos no importan. El conocimiento, cualquier conocimiento, siempre es beneficioso para el conjunto de la raza, elevan a la humanidad desde el limo marino hasta las estrellas...

—No puedo respirar un aire tan consistente —dijo Frobisher con viveza—. El limo es mucho más cómodo.

—¿Y dónde estaría usted si sus antepasados se hubiesen quedado en los árboles, con el razonamiento de estar bien donde se encontraban? —casi gritó Brian.

—Yo me habría sentido muy feliz rascándome y moviendo el rabo —murmuró Frobisher—. ¿Cree que los grandes monos ambicionan con ser humanos? He recorrido demasiado camino, por desgracia, para ser feliz entre las ramas de un árbol o en una cueva. Lo importante para un humano es descubrir el mínimo absoluto con el que recuperar la felicidad natural que perdió cuando abandonó las ramas del árbol. ¿Sabe lo que me recuerda esta nave?

—¡No! —replicó Brian secamente.

—Un brontosaurio —contestó Frobisher con toda naturalidad.

En el silencio que siguió, Brian hizo funcionar de nuevo el interruptor, y las estrellas desaparecieron.

—Vámonos —murmuró—. Salgamos de aquí.

Brian casi no durmió aquella noche. Al amanecer, penetró silenciosamente en el cuarto donde dormían las seis mujeres de la tripulación y las despertó una por una; envueltas en sus mantas y con los ojos cargados de sueño, se dirigieron de puntillas hasta el dormitorio de los hombres, donde toda la tripulación se dispuso a escuchar a Brian.

—Muchachos, tenemos que hacer algo... Debemos salir de este manicomio...

—Tómalo con calma, Brian —le interrumpió Mellen—. Esas palabras no me gustan. Quienes nos albergan no están locos, a juzgar por lo que he visto y escuchado la pasada noche. Aunque creen que nosotros sí lo estamos un poco.

Caldwell murmuró:

—Probablemente tienen razón. Hace mucho tiempo se afirmaba que permanecer mucho tiempo en el espacio era causa de locura.

Brian dijo con tono amargo:

—¡Tengo la impresión de que estáis todos locos!

—No culpes a esa gente —intervino Ellie inesperadamente—. ¿De qué sirve viajar constantemente por las galaxias? Los habitantes de aquí no necesitan hacerlo.

—Brian tiene razón, desde luego —dijo Don Isaacs, un muchacho pacífico que nunca tuvo mucha amistad con los restantes miembros de la tripulación, excepto con Marcia—. Pero debemos ser prácticos. Estamos aquí. No podemos volver a Tierra Dos ni tampoco cambiar a esta gente. Así que procuremos disfrutar cuanto nos sea posible.

Mellen dijo:

—Bien dicho, Don. Hay algo más. Si Kearns continúa con sus discursos y le hacemos caso, estoy seguro de que todos terminaremos en algo parecido a una prisión por perturbar la paz. Tengo la impresión de que aquí conceden un especial valor a la paz.

—¿Y qué vamos a hacer? —quiso saber Brian—. No podemos vivir aquí, ¿verdad?

—¿Por qué no? —preguntó Paula con aire de reto.

Y Judy murmuró:

—No hay tantas comodidades como en Tierra Dos, pero sin duda estaremos mucho

mejor que en la nave.

Mellen estrechó contra su cuerpo a Paula y declaró:

—Ignoro para qué hiciste este viaje, Brian. Yo lo hice porque los Primeros me prepararon para eso y porque de no venir yo, otro lo habría hecho. Esto no es como en casa, pero está tan cerca de serlo que casi lo parece. A mí me gusta. Paula y yo nos vamos a establecer aquí y construiremos una casa o algo por el estilo.

Langdon añadió:

—No es un secreto que Judy y yo, ni que Don y Marcia...

Se detuvo durante un segundo y terminó:

—...Brian y Ellie también..., hemos estado esperando mucho tiempo. Hay unos doscientos habitantes en este pueblo, y apuesto a que son buenas personas. Y me gusta ese anciano, me recuerda al bisabuelo Wade. Apostaría a que esta gente no se pasa el tiempo luchando entre sí, sintetizando la comida, y preparando catálogos.

—¡Desde luego que no! —le interrumpió Ellie deslizando un brazo sobre el de Brian—. Son como en Tierra Dos, pero sin instintos belicosos.

Mellen murmuró:

—Kearns está disgustado. Deseaba encontrar aquí computadoras que dijese a todo el mundo cuándo hay que escupir, y robots que hiciesen las faenas.

—Sí... —admitió Brian en voz baja—, sí, supongo que sí...

Les volvió la espalda y desapareció.

Ellie le siguió al exterior, donde amanecía el nuevo día. Le encontró sentado al pie del cohete donde se arrodilló muy cerca de él, colocando ambas manos sobre las de Brian, que estaban muy frías.

—Brian... ¡oh, querido...!

—¡Ellie...! ¡Ellie!

Brian la rodeó con sus brazos, ocultando el rostro en el fino vestido de la muchacha. Ellie estuvo durante unos segundos sin hablar. Pensó que Brian era muy joven, demasiado joven. Habían comenzado a prepararle para aquella misión antes de que aprendiera a leer. Doce largos años de instrucción y ahora todo se derrumbaba a sus

pies.

Brian dijo con tono amargo:

—Es..., es la pérdida de tiempo, Ellie. ¿Por qué...? Podríamos habernos quedado en Tierra Dos.

—Eso es exactamente lo que dijo Frobisher —replicó Ellie con dulzura.

La muchacha contempló las rojizas nubes que aparecían ya por el este, y se sintió invadida por una terrible nostalgia, una especie de añoranza que estuvo a punto de hacerla llorar.

—Ellie..., ¿por qué? —insistió Brian—. ¿Por qué? ¿Cuál es la causa por la que una cultura se detenga, que muera, que permanezca estancada? ¡Estaban a punto de conquistar todo el universo! ¿Qué fue lo que les obligó a detenerse?

La terrible angustia que se adivinaba en su pregunta hizo que el tono de Ellie fuese más tierno:

—Tal vez no se detuvieron, Brian. Tal vez hayan progresado en otra dirección. Los viajes espaciales se adaptaban a la cultura que nosotros conocíamos... o quizá no. ¿Recuerdas lo que nos enseñaron los Primeros sobre la guerra de Rusia contra Venus, y sobre los comandos de Marte? Esta gente quizá haya descubierto todas las culturas que nosotros buscábamos y que nunca encontramos.

—¿Utopía? —interrogó Brian apartando a la muchacha.

—No —respondió Ellie en voz muy baja rodeando a Brian de nuevo con sus brazos—. Arcadia.

—¿Qué importa! Ellie, suceda lo que suceda, no me abandones tú también... —suplicó.

—No lo haré —prometió la muchacha—. Nunca. Mira, Brian, el sol está saliendo. Debemos regresar.

—Sí..., nos espera un gran día —replicó Brian con un rictus amargo en sus labios demasiado jóvenes.

Al cabo de unos segundos, Brian, relajado, sonrió, ciñendo a la muchacha contra sí mientras le murmuraba al oído:

—Todavía no...

CAPÍTULO VI

Paula y Ellie se hallaban sobre una elevación, cerca del abandonado Homeward, contemplando las casas que se construían a sus pies.

—¡El pueblo empieza a adquirir forma! —exclamó Paula con alegría—. ¡Nuestra casa estará terminada antes de la noche!

—Me alegra que hubiese terreno cerca de Norten para nosotros —murmuró Ellie—. ¿No tienes la impresión de haber vivido siempre aquí? ¡Y sólo hace cuatro meses que hemos llegado!

Había tristeza en el moreno rostro de Paula, al preguntar:

—Ellie, ¿no podrías hacer nada para que Brian... deje de molestar a Tom? Cualquiera día Tom se le revolverá, y ya sabes lo que puede ocurrir.

Ellie exhaló un profundo suspiro.

—¡No sabes cómo odio la idea de que algunos de nosotros lleguen a enfrentarse! No toda la culpa es de Brian, Paula... —se detuvo, sonrió tristemente y concluyó—: Aunque me temo que siempre sea él quien empieza. Haré cuanto pueda, desde luego...

—¡Brian está loco! —exclamó Paula enfáticamente—. Ellie, ¿es cierto que tú y Brian seguiréis viviendo en el Homeward?

La muchacha contempló con disgusto la negra masa de la nave y añadió:

—¿Cómo lo soportas?

—Viviría con Brian en cualquier parte, Paula. Y tú también lo harías con Tom —replicó Ellie calmosamente—. Además, Brian tiene razón, alguien debe cuidarse de la nave. Cualquiera de vosotros pudo haber hecho lo mismo.

Paula murmuró:

—Me gusta más nuestra casa, sobre todo ahora...

La muchacha se inclinó hacia Ellie y le dijo algo al oído. Ellie la abrazó afectuosamente, y luego preguntó:

—¿Te encuentras bien, Paula?

La muchacha vaciló antes de contestar:

—Me digo a mí misma que todo viene de mi imaginación —explicó por fin—. Este planeta pertenecía a nuestros antepasados, a nuestra raza; mi cuerpo debe adaptarse a él fácilmente. Pero después de haber nacido y crecido en Tierra Dos, donde pesaba la mitad que aquí, de tanto tiempo en el vacío..., sé que esta gravedad resulta dura para todos, pero como el bebé... ¡sufro un dolor espantoso noche y día!

—Pobrecilla... —murmuró Ellie rodeando con el brazo la cintura de su amiga—. También yo tengo molestias, porque los ojos me duelen mucho con esta luz.

Judy ascendió, jadeando, por la ladera. Había peinado sus cabellos formando un gracioso moño sobre la nuca. Sus ojos aparecían entornados bajo la fuerte luz solar.

—¡Perezosas! —gritó alegremente—. ¡Los hombres tienen apetito!

—Un momento... —respondió Ellie.

Pero no se movió. Ellie consideraba conveniente preparar la comida en las unidades de cultivo del Homeward, pero ahora le desagradaba hacerlo.

Langdon y Brian ascendieron por la colina. Hard Frobisher caminaba junto a ellos con frágil paso. Langdon entornó los ojos para mirar a las mujeres y finalmente aparentó identificar a Judy.

—Os estáis estropeando —dijo bromeando—. En Tierra Dos estaríais trabajando con los hombres, Judy.

Judy sonrió y repuso:

—Pues me gusta no hacer nada; además ya tengo bastante trabajo viendo lo que hacen aquí las mujeres.

Brian Kearns hizo un esfuerzo por sonreír y comentó un tanto ácidamente:

—He tenido suerte. Ellie al menos estaba preparada para esta clase de vida. ¿Y tú, Paula?... ¿No sientes haber abandonado a tu computador?

Paula se encogió de hombros significativamente antes de responder:

—Las mujeres del Starward fueron escogidas por sus conocimientos científicos. Yo aprendí navegación porque mi abuela sabía fijar un ciclotrón antes de tener niños en Tierra Dos. Pero no vierto ninguna lágrima por eso.

—Bien, supongamos que ahora ustedes dos vienen conmigo para recibir una lección

sobre cultivo de alimentos —intervino Ellie.

Las tres mujeres se dirigieron hacia la nave. Al llegar a la escalerilla, Ellie se detuvo.

—Paula, querida —dijo—, no debes seguir haciendo equilibrios por estos escalones. Vuelve, que nosotras ya nos arreglaremos...

Paula sonrió agradecida y se alejó para reunirse con los hombres.

Mientras tanto, Frobisher observaba la construcción de las casas.

—Pronto formarán ustedes parte de nuestro pueblo —comentó—. Creo que hasta el momento lo han hecho muy bien.

Brian correspondió cortésmente con un movimiento de cabeza. No estaba preparado para descubrir que el grupo podía actuar como colonia autónoma, igual que en Tierra Dos. Todos creyeron reintegrarse en la compleja estructura económica del mundo en el pasado, pero allí el sistema era la simplicidad misma. Cada hombre poseía tanta tierra como pudiese cultivar, así como todo cuanto fabricase con sus manos. El hombre contribuía con su trabajo personal donde se le necesitara, teniendo derecho a cambio a cuantos bienes personales le fueran precisos: alimentos de los agricultores, ropa de los tejedores, y así sucesivamente. Los restantes bienes superfluos debía ganarlos mediante el trabajo, una buena administración y disposiciones de tipo privado. Brian consideraba simple e idóneo este sistema e incluso le complacía su actividad; un carpintero de Nortén le había ofrecido un empleo; familiarizado por su formación profesional con las herramientas y la maquinaria, no tuvo dificultad alguna para adaptar sus dotes a la carpintería y la construcción. Siempre había trabajo en el pueblo, y Brian sentíase a gusto.

Aun así, con toda su evidente simplicidad, el sistema parecía muy poco eficiente. Brian dijo, mirando las casas dispersas:

—Creo que todo sería más fácil si se dispusiera de un sistema central de distribución.

—Se ha intentado varias veces —respondió pacientemente el anciano—. En diversos períodos, grupos de pueblos se han unido para intercambiar servicios, distribuir alimentos no cultivables localmente, para montar sistemas de comunicación particulares, e incluso para distribuir bienes de lujo. Pero esto implicó siempre medios de cambio, mantener cuentas de crédito, etcétera. Por regla general, las desventajas eran mucho más numerosas que las ventajas, con lo que la asociación se rompía al cabo de un año o dos.

—¿No hay ninguna ley en contra de ello? —preguntó Brian.

—¡Oh, no! —replicó Frobisher, asombrado ante la pregunta—. ¿Para qué? El objetivo del sistema es que cada hombre goce de libertad absoluta. La mayoría de los demás pueblos son como Norten..., un máximo de comodidad y un mínimo de dificultades.

Brian murmuró:

—Pero al menos necesitarían aparatos que les ahorrasen trabajo. Ustedes cocinan con fuego..., ¿no sería más sencillo disponer de unidades de alimentación como la que tenemos en la nave?

Frobisher pareció reflexionar sobre el asunto. Luego observó:

—Un fuego de leña da a la comida mucho mejor sabor. La mayoría lo prefiere así. Y una cocinera debe estar orgullosa de lo que guisa, ¿no? Aunque fuera más sencillo disponer de unidades de cultivo, hay que tomarse la molestia de fabricarlas. Aquí cualquiera puede construir una cocina en un solo día con la ayuda de un vecino, y puede guisar en ella todo el resto de su vida. En cambio, tendría que emplear años para aprender a fabricar una unidad de cultivo; y para lograr que fuese lo suficientemente económica como para ser adquirida, debería fabricar millones de ellas, lo que significa la reunión de cientos o de miles de personas, sin tiempo para cultivar o guisar su propia comida o vivir sus propias vidas. El coste es demasiado alto, y resulta muy complicado para que valga la pena.

Langdon preguntó súbitamente:

—¿Cuántos habitantes tienen ahora?

Frobisher frunció el ceño.

—Hacen ustedes muchas preguntas. ¿Quién sabe? Colectivamente, las personas no son nada excepto pura estadística, cosa que no es buena para nadie. Las personas son individuos, son seres humanos. Hace pocos años, un filósofo de Camey (donde nació Destry) estableció el llamado factor crítico de población: el punto en el que un pueblo llega a ser demasiado grande para funcionar bien como unidad autónoma y comienza a desintegrarse. Es un problema atractivo si les interesan las matemáticas..., pero a mí, desde luego que no.

—A mí, sí —terció Paula tras ellos, sentándose en la hierba—, parece interesante.

Frobisher la miró con expresión paternal, e invitó:

—Usted y Tom pueden acompañarme la próxima vez que vaya a Camey. Les presentaré a Tuck... Pero lo único cierto es que si un pueblo crece excesivamente, los resultados serán más negativos que positivos, por lo que la mitad de la población suele

emigrar para construir una nueva comunidad, o adaptar su vida a otra más reducida.

—Eso no me parece muy práctico —comentó Brian con tono ácido.

—Da muy buen resultado —concluyó Frobisher, calmosamente—, es decir, lo que mejor confirma una teoría..., ¡vaya!..., aquí está Tom. No hemos hecho un alto en el trabajo, Tom. Estamos esperando únicamente que las mujeres traigan la comida.

Mellen dejó caer en las manos de Langdon un trozo de papel y preguntó:

—¿Dónde anda Judy? No puedo leer esto..., ¡su escritura es medio árabe y medio rusa!

—Está en la nave con la esposa de Kearns —respondió Frobisher.

No advirtió el anciano el respingo de Paula al decir esa palabra, que en Tierra Dos se identificaba con la servidumbre e inferioridad sexual. Los tres hombres del Homeward fingieron ignorar tal vulgaridad, y Langdon rió entre dientes diciendo:

—Creo que te lo podré traducir yo.

—¿Qué significa? —preguntó Brian, interesado en contra de su deseo.

Judy era el electricista de a bordo, responsable de todos los circuitos de iluminación, y su trabajo era capaz y excelente. Brian se inclinó sobre el trozo de papel, y Langdon frunció el ceño murmurando:

—¡No puedo ver casi nada con esta luz! ¿Qué será esto, Tom?

—Un diagrama de instalación eléctrica. Hay bombillas rojas en el Homeward y Judy va a instalar luz en nuestra casa... y en las vuestras también. ¿No os lo ha dicho?

—Creí que os habíais consagrado a la existencia primitiva —murmuró Brian.

Langdon gruñó algo burlón, y Mellen crispó ambos puños. Luego se dominó esbozando en sus labios una sonrisa.

—Éste es un país libre —dijo. Luego, súbitamente, añadió—: Brian, no es cosa mía, pero dime..., ¿pensáis tú y Ellie esa locura? Estaréis muy solos aquí arriba. Mañana mismo se puede iniciar una casa.

—Alguien debe cuidar de la nave —replicó Brian con dureza—. Y esto me recuerda algo..., si Judy piensa realizar instalaciones eléctricas, será mejor que use los repuestos. ¡No hay que tocar las unidades de transmisión!

Langdon se echó a reír suavemente, pero el rostro de Mellen se oscureció, profundamente molesto. Luego dijo con sequedad:

—Ya dejaste de ser capitán. Recuerda que el Homeward no es de tu propiedad personal, Brian.

—Lo sé muy bien —contestó Brian—. Ni tampoco es propiedad colectiva de la tripulación. Es una nave que está en depósito. Ya que nadie parece tener sentido de la responsabilidad, actuaré yo como guardián.

Frobisher alzó la cabeza como si estuviera a punto de decir algo, pero se le adelantó Paula.

—¿Para qué? No tenemos combustible. Jamás podremos despegar de nuevo.

La pesadilla se apoderó nuevamente de Brian. Estaba luchando contra algo intangible. Eran todos unos estúpidos, incapaces de comprender por qué el Homeward debía preservarse como su único eslabón con la vida civilizada. “Un año o dos más —pensó Brian torvamente— y comprenderán lo que estoy haciendo y su motivación. Más pronto o más tarde se cansarán de todo esto.”

—¿En qué cosas profundísimas estás pensando...? —preguntó Ellie, sonriente, depositando en sus manos una cesta llena de comida—. Langdon, Paula, señor Frobisher..., necesito a todo el mundo para llevar la comida. Ven aquí, Destry, toma tú también esta otra cesta..., llévala ahora mismo al pueblo. Date prisa antes de que se enfríe.

Brian, profundamente abstraído, mascó un bizcocho de proteínas, mientras descendía por la falda de la colina, preocupado con su continuo problema. Ellie ofreció su cesta a Destry y a Frobisher; el anciano tomó cortésmente un bizcocho, pero negó Destry con la cabeza:

—Gracias, Ellie, pero no me agradan las cosas sintéticas.

—¡Destry! —exclamó su abuelo con severidad.

Ellie murmuró:

—No sabía que alguna vez las habías probado.

Al tropezar con una pequeña roca del sendero, Destry soltó un par de tacos, por los que a continuación se disculpó, aunque podía haberse ahorrado la molestia, ya que Ellie jamás los había oído e ignoraba su significado. Ellie olvidó su pregunta para hacer otra:

—¿Has estado alguna vez fuera de Norten, Destry?

—Una o dos veces. Fui a Camey con mi padre, cuando éste enseñó a un hombre a tejer alfombras. Mi padre hace alfombras muy bellas..., mucho mejores que las nuestras.

—Comprendo —murmuró Ellie.

—Quería que volviese con él, pero estos pueblos son muy semejantes y preferí cuidar de mi jardín, así que me quedé con el abuelo. Además tenía que...

Destry se detuvo bruscamente, al acercarse al emplazamiento de las nuevas casas, y gritó:

—¡La comida!

Vio cómo las gentes del pueblo abandonaban sus andamios y tomó una de las cestas para repartirla entre todos.

La comida producida por las unidades de cultivo del Homeward se distribuyó de modo equitativo, y todos comieron cortésmente, pero sin mucho entusiasmo; sólo los niños parecían disfrutar de los alimentos sintéticos. Incluso la tripulación del Homeward parecía haber perdido su gusto por ellos. Brian, sentado en un escalón de madera a medio acabar, masticaba la comida distraídamente, hasta que al fin hizo un gesto y arrojó el bocadillo sobre la hierba. Decidió que Ellie cocinaba mejor sin aquellas máquinas. A la muchacha le gustaba la comida primitiva y Brian tenía que admitir que Ellie guisaba bien. Pero se sentía inquieto. Las unidades de cultivo sintetizaban los alimentos extraídos del carbono puro, el agua, y cantidades casi infinitesimales de productos químicos; el proceso completo de cultivo de los alimentos le parecía a Brian ineficaz y oneroso. Significaba una pérdida de tiempo. Era agradable, claro está, trabajar al aire libre, y todos parecían disfrutar con ello. No resultaba tan agobiante como el mantenimiento de las máquinas, ni producía un aburrimiento mortal como la forzada inactividad, ni otra diversión que las películas y los complicados juegos mentales. Brian era diestro en un juego tridimensional formado por tres tableros unidos por un dispositivo de computación electrónica.

“Pero yo disfrutaba con mi trabajo —pensó sumido en un mar de confusiones— y disfrutaba trabajando en las unidades de transmisión.”

¿Acaso no era verdad?

Abandonó el resto de los alimentos sintéticos que contenía su plato, tomó sus herramientas —el martillo, la regla y el nivelador que el herrero del pueblo le había fabricado a cambio de poner un techo a su casa— y comenzó a colocar tablones, que

clavaba con golpes precisos y llenos de colérica fuerza.

CAPÍTULO VII

Brian se sentía aún colérico y con pocos deseos de hablar, cuando, semanas después, se dirigió al pueblo cargado con una caja. Las casas estaban ya completamente terminadas, si bien provistas de muy escasos muebles. Por ello, después de su jornada normal, Brian ayudaba a Caldwell a construir su mobiliario.

Tras su llamada, Paula, envuelta en una especie de túnica tejida a mano —se hallaba más gruesa ahora— abrió la puerta, y su rostro enjuto se relajó inmediatamente, esbozando una sonrisa que avergonzó a Brian.

—Brian..., sí, Ellie está aquí, pero...

La muchacha vaciló un minuto, pero le instó con timidez:

—¿Quieres entrar? No te vemos mucho por aquí.

—Vine para ver a Tom... —contestó Brian incómodo.

Siguió a Paula hasta una gran sala iluminada por una luz rojiza. Descubrió, con desaliento, que frente a la chimenea no sólo estaban Ellie y Tom Mellen, sino también Langdon y Judy, Marcia y Don Isaacs, Destry, y... Hard Frobisher. ¡Frobisher! Parecía como si Hard Frobisher estuviera en todas partes, actuando a modo de espontáneo supervisor de los recién llegados. Pero era imposible no simpatizar con el anciano, pese a la alegre impertinencia de su pregunta:

—¿Qué nos trae usted en esa caja tan grande e interesante, señor Brian?

—Una muestra de nuestros avances científicos —respondió Brian con frialdad.

Desenvolvió la caja y extrajo de su interior varios pares de gafas con cristales rojos y montura de plástico. Entregó un par a Mellen.

—Apaga la luz —dijo— y ponte estas gafas.

Tom miró desconcertado las gafas por un instante y luego se las puso. Apagó las luces rojas, acercándose hasta la puerta que daba al oeste, desde donde miró el sol que se ponía. Luego se volvió, sonriente.

—Van bien —confesó—, muy bien. ¿Cómo lo lograste, Brian? El cristal rojo no daba resultado... ¿recuerdas?

Brian se encogió de hombros.

—En su interior hay ahora una capa polarizada. No pude encontrar selenio y en su lugar usé óxido de oro para el color rojo. Se trata de un filtro de cuarzo muy fino..., ¡oh, no tiene importancia! Tenía que haberlas hecho antes, pero me costó mucho tiempo fabricarlas.

Langdon tomó otro par de la caja y dijo con calma:

—Ahora lo recuerdo. Miguel Kearns hizo las lentes de algunos viejos instrumentos del Starward y preparó duplicados para el viaje. ¿Le ayudaste tú?

—Un poco —replicó Brian.

Observó entonces la mirada de Frobisher y añadió con sorna:

—La ciencia carece de utilidad, ¿no es cierto? Pues no me gusta que mis hombres padezcan irritación en los ojos...

Las tensas facciones de Paula se relajaron al ponerse las gafas polarizadas.

—Esto es maravilloso, Brian —dijo.

El rostro de Ellie resplandeció de orgullo, y Langdon exclamó burlonamente:

—¡Vaya! ¡Después de todo es un ser humano!

Pasó un brazo sobre los hombros de Brian añadiendo:

—¿Cuándo pensáis tú y Ellie bajar de vuestra torre de marfil y vivir con el resto de la manada?

Brian enderezó el busto, pero el tono de aprobación general le halagaba. Se dirigió hacia la chimenea, mientras Frobisher argüía:

—No es la ciencia en sí misma la que nos disgusta, sino su empleo como fin más que como medio. Dije en otra ocasión que la nave me recordaba a un monstruo prehistórico, un brontosaurio. ¿Sabe lo que es?

—Viven algunos en Tierra Dos. Son muy grandes, pero no peligrosos..., demasiado torpes —le respondió Brian.

—Exacto —dijo Frobisher—. Su magnitud no le hace ningún bien.

El viejo sonrió, y al cabo de un par de segundos sus facciones se ensombrecieron al agregar:

—La enorme masa corporal del brontosaurio se excedió en un desarrollo que, al principio, debía serle favorable. La ciencia se desarrolló también para ser útil al hombre, al individuo. La ligera armadura que protegía al soldado bárbaro se hizo tan pesada con el tiempo que era preciso alzar al jinete con una garrucha hasta su montura. Y si caía de ella... ya no volvía a levantarse. Ayudó al ejército como conjunto..., pero perjudicó la vida al individuo. La ciencia ha dedicado tanto tiempo e ideas a conjuntos (la Nación, la Raza, la Humanidad) con resultados que gravitaron terriblemente sobre el individuo. Se libraron guerras para beneficiar al monstruo llamado Humanidad a un terrorífico precio individual. El jinete cayó de su caballo y el peso de su armadura le impidió levantarse nuevamente. Creo que el colapso se inició incluso antes de partir el Starward. Pese a sus enormes defensas el brontosaurio murió, aunque la naturaleza fue un poco más amable con los hombres... individualmente. Como conjunto la Humanidad murió también, incluso como concepto. Los individuos supervivientes sabían ya lo bastante para no repetir de nuevo el inútil proceso. La ciencia ocupó su lugar entre las demás artes y oficios, en vez de servir a un hipotético conjunto. Nosotros subordinamos cada arte o ciencia al enriquecimiento de la vida privada y personal del individuo...

El anciano se detuvo, e hizo un gesto con la mano abarcando toda la estancia, para añadir:

—Creo que ha llegado el momento en que puedo explicarle el motivo...

Pero Brian se levantó en aquel momento y se alejó de Frobisher, exclamando:

—¡No he venido aquí para escuchar una conferencia! Ahí te dejo las gafas, Tom. Puedes repartirlas. Di a todos que procuren no romperlas; cuesta mucho fabricarlas.

Y cerró con fuerza la puerta a su espalda.

Al haber desafiado a Frobisher, se sentía un poco mejor, pero con el paso de los días se sentía atormentado por la inutilidad de su vida. Empleaba cada vez más tiempo en el trabajo manual —ahora en completa soledad— fabricando muebles, con cierta satisfacción al sustituir los insolubles problemas mentales por la actividad física. Ellie no se atrevió a aludir el tema de abandonar el Homeward hasta una noche en que Brian, sentado en el antiguo salón, contemplaba distraídamente a “Einstein” trepando por las vigas del eje central de la nave. Las manos en forma de ventosas del gato de Centauro no eran lo suficientemente fuertes para sostener su propio peso con la nueva gravedad; el animal sufría ahora una especie de cojera en sus patas traseras, divertida de contemplar, pero que para él resultaba sin duda dolorosa. Ellie tomó al gato en sus brazos cuando entró en el salón.

—El pobre “Einstein” lo está pasando muy mal —dijo—. La gravedad de aquí le es extraña. Sería mucho más feliz en una casa corriente.

—Lo supongo —respondió Brian ácidamente—. Y supongo que tú también lo serías. Pero escucha, Ellie..., nuestros compañeros no tardarían en desmantelar la nave...

—¿Y por qué no dejas que lo hagan? —preguntó Ellie con naturalidad.

Brian se encogió de hombros con desánimo.

—Más pronto o más tarde..., pero aun así, algún día Tierra Dos se lanzará al espacio nuevamente..., ¡ellos no han retrocedido al salvajismo!

Ellie sonrió, murmurando:

—Eso no ocurrirá en toda nuestra vida.

—¡Eres peor que los otros! —gritó Brian súbitamente furioso.

La muchacha dijo:

—Vamos a cenar...

Brian se levantó con tristeza y la siguió. Dio un ligero rodeo para no tropezar con el saliente de una máquina; al tropezar de pronto con “Einstein”, exclamó irritado:

—¡Aquí no se puede mover uno!

Ellie no contestó. Brian agregó por fin:

—Creo... que no ocurrirá mientras vivamos.

—¿Qué harás entonces? ¿Pretendes que este secreto lo hereden tus hijos? —inquirió Ellie.

Brian respondió antes de advertir la fría ironía que encerraba el tono de la muchacha. Le había costado doce años aprender los puntos básicos de la operación interestelar.

Frunciendo el ceño, comenzó a cenar. Su humor fue mejorando a medida que comía, y finalmente alzó la cabeza para explicar:

—Frobisher estará de acuerdo o no, pero pienso hacer de Destry un científico. El muchacho siempre está cerca de mí. Siempre, desde que tú me enseñaste a conducir

el cohete sonda. Un día le llevé conmigo, y le dejé tomar los mandos durante unos minutos, no es muy difícil.

Brian hablaba con satisfacción. Estaba en juego su dignidad personal ante Frobisher. Tras una leve pausa agregó:

—El muchacho tiene verdadera pasión por los aviones. Debe haber leído muchos libros antiguos.

Ellie preguntó de pronto:

—¿Cómo será el padre de Destry?

Brian respondió con cierto aire despreciativo:

—¡Hace alfombras!

Ellie no parecía muy convencida.

—Puede que haga alfombras —dijo— del mismo modo que Frobisher pinta esos pájaros por toda su casa. Mira lo que he encontrado en la biblioteca de Frobisher... Destry me lo prestó cuando se lo pedí.

Y la muchacha entregó a Brian un libro bellamente encuadernado en piel roja. Brian lo abrió, despertada su curiosidad, y leyó el nombre —John D. Frobisher— que figuraba en la cubierta. Había visto muy pocos libros en Nortén, y los pocos que había observado consistían en su mayor parte obras sobre cocina, música, o diarios; llevar un diario parecía ser el pasatiempo favorito entre los jóvenes del lugar. Pero el libro que acababa de entregarle Ellie estaba impreso y mostraba unos diagramas exquisitamente reproducidos, que recordaron a Brian los diagramas eléctricos de Judy. Brian trató de leer una página o dos, pero aunque el lenguaje no era muy técnico, la educación de Brian había sido tan especializada que aquel vocabulario no estaba a su alcance. Cerró el libro y preguntó:

—¿Enseñaste esto a Judy?

—Sí, me explicó que trata sobre radio y radar, pero que no es de carácter elemental.

—Curioso... —murmuró Brian, pensativo.

—Hay algo mucho más curioso todavía —continuó Ellie—. ¿Has visto a Caldwell últimamente? ¿O a Marcia y Don Isaacs...?

—No. La verdad es que no veo mucho a Don, aunque...

—Se fueron la misma noche en que discutiste con Frobisher. Marcia me contó que se iban para que Don pudiese trabajar en otro pueblo. Eso es lo que dicen siempre..., como el padre de Destry. La gente parece ir y venir continuamente. Casi todos los días alguien recoge una camisa limpia y un par de calcetines y emprende el camino. Y nadie le vuelve a ver hasta tres o cuatro meses después en que aparece de nuevo como si nada hubiera ocurrido.

—Y el nivel de vida... —musitó Brian—, bastante cómodo, pero primitivo...

Ellie se echó a reír.

—¡Oh, Brian! Éramos felices en Tierra Dos sin mucho más. La nave está supermecanizada. Nos estropeamos..., nos hemos creado una infinidad de necesidades superfluas...

—¿También te ha convertido Frobisher?

La muchacha rió nuevamente, y replicó:

—Puede ser.

Brian guardó silencio, contemplando el libro. Se sentía prisionero. Era un insidioso veneno la tentación de descansar, de soñar, de morir en... Ellie lo había llamado Arcadia. Pero un poema de un viejo libro que había en la nave bullía en su cerebro; era como la isla de las venenosas flores de loto, donde quienes las saboreaban olvidaban lo que fueron antes...

Las palabras del viejo poeta resonaban insidiosamente en su cerebro. Brian se puso en pie y cogió el libro que se hallaba detrás de un panel del salón. Al abrirlo, desde una de las páginas le contemplaban las palabras de la derrota.

Maligno es el oscuro cielo azul,

que forma bóveda sobre la mar;

la muerte es el fin de la vida. ¡Ah!

¿por qué la vida debe ser todo trabajo?

Vivamos en paz; el Tiempo transcurre velozmente...

¿Cómo el hombre dominador del espacio podía vivir de aquella manera, como un animal satisfecho, año tras año? Brian se preguntó si entre las víctimas del loto hubo

alguien que rehusara el veneno, que llegó a comer la flor para no morir de hambre, o por no soportar su soledad dentro de un grupo abandonado a sus sueños.

Dejadnos solos... ¿qué placer podemos hallar

en la guerra contra el mal? ¿Hay alguna paz en

dejarnos arrastrar constantemente por la ola?

Concedednos un largo descanso o la muerte, una muerte

oscura o una comodidad soñadora...

Brian frunció el ceño y dejó caer el libro. ¡No tenía nada de cómodo la vida en Norten! Aquellos últimos días, semanas y meses, había trabajado más que durante toda su vida. Sus manos, otro tiempo suaves y sensibles, capaces de captar el más mínimo temblor de una palanca, estaban ahora llenas de callos y tostadas por el sol. Aun así había hallado una cierta satisfacción. Dejó ya de inventar juegos complicados para pasar el tiempo, así como de preocuparse continuamente por sus compañeros. Tenía a Ellie..., y esto, aunque no le quedara nada más, era lo que le retenía allí.

Pero su cerebro continuaba hambriento. Se había sentido tan satisfecho —pensó con cierta sensación de culpabilidad— ante la mejora de los ojos de su tripulación, gracias a las gafas especiales, como cuando guió el Homeward a través de una peligrosa nube de gas radiactivo. Tal vez aún más, pensó otra vez con una extraña sensación de culpabilidad.

Pero no podían continuar usando aquellas gafas durante toda la vida. Debía existir algún medio de graduar los filtros, quizá a intervalos mensuales, para que todos se acostumbraran poco a poco a la violenta luz. Tomó un lápiz, buscó una cuartilla de papel, y después, irritado aún consigo mismo, se dirigió hasta su antiguo cuarto de control, para buscar el libro de navegación. Sus manos dudaron ante el vandalismo que estaba a punto de cometer, pero después se encogió de hombros lanzando una maldición en voz baja. Arrancó una hoja de la parte posterior, tomó asiento, y allí mismo, al borde de la litera, comenzó a diseñar más gafas de filtros graduables.

Resplandecía ya la amarillenta luz del amanecer cuando terminó; Ellie estaba durmiendo en la cabina. Sus rizados cabellos le caían sobre el rostro. Brian pasó a su lado de puntillas y luego descendió por la escalerilla. El aire era frío y claro, y Brian se estiró perezosamente y bostezó, al advertir de pronto que le abrumaba un terrible sueño.

Contra el brillante cielo se recortó la silueta de un hombre que ascendía por la ladera. Al cabo de unos segundos Tom Mellen se acercó a él.

—¿Eres tú, Brian? —preguntó avanzando a grandes zancadas.

Cuando finalmente Tom Mellen llegó hasta él, Brian le preguntó:

—¿Adónde vas tan temprano?

—Voy a trabajar un poco en otro pueblo —replicó Tom con tono de indiferencia—. Tengo una carta para un amigo de Frobisher. Subí a pedirte un favor. Supongo que Ellie aún no se ha levantado, ¿verdad? No la molestes, pero...

Mellen se detuvo, para añadir luego:

—...Quiero que Paula venga conmigo, pero no se encuentra muy bien y no le gusta estar con personas extrañas. Echaría mucho de menos a Ellie...

Brian le interrumpió con brusquedad:

—Tom, nos vamos a mudar al pueblo. Ya he...

Miró hacia el Homeward y, súbitamente, dio rienda suelta a su resentimiento:

—¡Estoy harto de cuidar de este maldito monstruo! ¡He terminado con él!

Tom lanzó un prolongado silbido.

—¿Qué te ocurre, amigo? —preguntó—. Creí que estabas firmemente dispuesto a preservar esta pequeña isla de cultura.

Mellen hizo una pausa, y ante la expresión que se reflejaba en el rostro de Brian, abandonó el sarcasmo y añadió con ansiedad:

—Brian, si de verdad vas a hacer eso, ¿por qué no os quedáis con Paula mientras yo esté fuera? Regresaré antes de que nazca el bebé, y entonces podremos hacer una casa para vosotros dos.

Brian reflexionó durante un minuto, y finalmente asintió con un movimiento de cabeza.

—Estoy seguro de que a Ellie también le agradará eso. Se siente preocupada por Paula.

Tom permaneció de pie con la vista fija en el suelo.

—Está bien —murmuró—. Diré a Paula que os espere y luego emprenderé la marcha.

Mellen hizo otra pausa y luego añadió en voz baja:

—Brian..., creí que a bordo te agradaba aprovechar tu jerarquía con..., bueno, con las chicas... Pero ahora...

Una vez más se detuvo y concluyó, sumamente embarazado:

—¿Sabes que el niño fue concebido antes de tomar tierra?

—Lo sospechaba —replicó Brian fríamente.

—Creí que no habría problema porque aterrizáramos al cabo de uno o dos meses. Pero ahora... con el cambio de gravedad, me temo que... si Paula y yo hubiésemos tenido sentido común para esperar... Judy está embarazada, ¿sabes?, y no sufre ninguna molestia en absoluto, mientras que Paula..., supongo que te debo una disculpa, Brian.

—Mejor sería que te excusaras con Paula —le cortó Brian.

Pero en el fondo apreciaba el espíritu que animaba las palabras de Tom. Éste había comprendido, por fin, las razones de Brian.

Tom añadió rápido:

—También debo excusarme por algo más, Brian. Es culpa mía el que los demás te hayan hecho el vacío aquí. Yo pensaba que aún intentabas rehabilitar a los nativos.

—No te molestes —dijo Brian, glacial—. Creo que más pronto o más tarde los nativos necesitarán de esa rehabilitación que acabas de mencionar. Cuando ese día llegue, estaré dispuesto.

Se endurecieron las facciones de Mellen, quien dijo:

—¡Creo que Frobisher tiene razón sobre ti!... Hasta la vista.

Tom Mellen extendió una mano indecisa, que Brian estrechó sin entusiasmo. Contempló cómo Tom descendía por la colina y se preguntó adónde iría y por qué. ¿Formaba aquello parte de la irresponsabilidad local? Aunque Tom ya era de por sí un irresponsable... Era vergonzosa la forma en que se había comportado con Paula. ¿Quién la cuidaría ahora? ¿El brujo de la localidad? Brian frunció el ceño y penetró de nuevo en la nave para comunicar a Ellie su traslado.

CAPÍTULO VIII

Paula mostró un patético agradecimiento ante la compañía de Ellie, mientras “Einstein” se instalaba cerca de la nueva chimenea, como hacían los gatos comunes de Nortén, con los que sostenía una lucha continua. Brian localizó un emplazamiento para la casa que intentaba construir, y, ayudado por Destry, montó un taller para trabajar la piedra. A cambio de la ayuda del muchacho, Brian le llevaba todas las noches hasta la cúpula del Homeward, desde donde le enseñaba los nombres y posiciones de las estrellas fijas. El muchacho llevaba siempre un cuaderno de notas. Brian quiso regalarle un duplicado de algunos textos de astronomía que se conservaban en la nave, pero Destry lo rechazó cortésmente.

—Prefiero escribir el mío. Así me aseguro de su contenido —explicó.

Brian trabajaba sin descanso en el perfeccionamiento de su equipo para esmerilar lentes. El taller se había convertido en un momentáneo refugio y, consciente de trabajar en algo que valía la pena, comenzó a abandonar poco a poco la concha en la que, originalmente, se había encerrado, alejándose de todo contacto con la vida del pueblo. En las pausas de su duro trabajo se distraía en algo que no había hecho desde muy pequeño: soplar vidrio. Fabricó una bonita serie de botellas y frascos para Ellie, y regaló a la admirada Judy otro juego similar. Tanto Judy como Ellie tenían muchos amigos en el pueblo; al cabo de algunas semanas, Brian se encontró con tantas solicitudes de botellas que abandonó la carpintería para dedicarse a la fabricación de piezas de cristal. Había en el pueblo otro especialista en aquel trabajo, pero por entonces —según la sempiterna frase— “se hallaba ocupado en otro lugar”. Brian halló agradable esta tarea y se sintió halagado por la buena acogida que le dispensaron.

Sin embargo, en su fuero interno, su ansiedad iba en aumento. Veía muy poco a Paula —aún existía cierta tirantez en sus relaciones—, se sentía muy preocupado por la evidente debilidad de la muchacha. Ellie también esperaba un bebé, aunque sólo Brian lo sabía, por lo que el estado de Paula hacía mayor su ansiedad por el de su esposa.

No había médico en el Homeward. Ninguno de ellos estuvo enfermo jamás. Nominalmente, Marcia debía encargarse de la salud de todos, pero entonces tampoco vivía en el pueblo. Y a juzgar por lo que Brian había oído en Nortén, bastaba simplemente con pedir ayuda a cualquier mujer del pueblo. Ellie era ferviente partidaria de este sistema, y respondiendo a las críticas de Brian que el hecho de tener hijos era una función natural, y que el proceso quirúrgico y médico que la colonia de Tierra Dos aplicaba a tal acontecimiento era bastante para volver neurótica a una mujer. Brian no se dejó convencer; sería suficiente si todo fuera normalmente, pero Paula necesitaba atenciones especiales. Brian no comprendía la escasa preocupación que Ellie mostraba hacia su mejor amiga.

Pero ni aun así Brian esperaba la prontitud con que se produjo el desastre. Un mediodía Paula se hallaba como de costumbre: pálida y de una patética gravidez, pero alegre y con los ojos brillantes. Por la tarde, a última hora, se mostró más tranquila

que de costumbre y se acostó temprano. Pero, durante la noche, Brian sintió una mano de Ellie sobre su hombro, mientras exclamaba con pánico:

—¡Brian..., despierta!

Brian despertó instantáneamente, sorprendido por la expresión de la muchacha y el tono histérico de su voz.

—Es Paula..., nunca he visto cosa igual..., estaba bien esta noche..., ¡oh, Brian, por favor, ven!

Brian se vistió a toda prisa, pensando en lo que podría haber sucedido tan repentinamente. Escuchó los suaves gemidos antes de entrar en la otra habitación y luego se detuvo, con la boca abierta por el asombro, al ver el rostro de Paula. Carecía de todo color e incluso los labios aparecían muy blancos y hundidos, mientras que una extraña línea oscura los bordeaba. La muchacha siempre había sido muy delgada, pero en aquellos momentos sus manos parecían garras. Brian las tocó y ardían como el fuego. Hizo un terrible esfuerzo por recordar cuánto le habían enseñado acerca de la relación que existía entre la gravedad y el embarazo, lo suficiente para comprender que la situación podía hacerse muy pronto peligrosa. Brian deseó en aquel momento saber más, pero sólo fue instruido en el estricto celibato que debía mantener el personal durante los vuelos en el espacio. Su cerebro, adiestrado en un aspecto limitado de la ciencia, sólo retenía algunos fragmentos de conocimiento. Los recordaba muy vagamente..., imperfecta unión placentaria por el efecto cohesivo de la gravedad, deficiente funcionamiento hormonal bajo la tensión suplementaria del embarazo, daño en los tejidos internos... Pero Paula, adaptada a la ligera gravedad de Tierra Dos, que había concebido un hijo en pleno espacio, en aquellos momentos no se hallaba en el vacío sino brutalmente castigada por la fuerte gravedad de la Tierra. Algo grave ocurría, evidentemente, en el delicado equilibrio de cohesiones. Brian miró de nuevo a la inconsciente muchacha, y explotó con cierta violencia.

—¡Maldito sea Mellen..., imbécil insubordinado!

—¿Dónde... está Tom? —preguntó Paula muy débilmente—. ¡Quiero que venga Tom!

Los febriles dedos de la muchacha se crisparon sobre una mano de Brian, suplicando:

—¡Quiero que venga Tom!

Paula abrió los ojos, pero su mirada estaba perdida en el vacío. Brian sintió que la cólera se apoderaba nuevamente de él. Se inclinó sobre la muchacha y le dijo:

—Yo te lo traeré.

Ellie murmuró:

—No sé dónde ha ido, Brian. Paula podría...

Brian se incorporó y replicó furioso:

—¡Le encontraré aunque tenga que hacer pedazos a ese Frobisher! ¡Gracias a Dios aún disponemos del cohete sonda! Y averiguaré dónde han enviado a Marcia y Don. Siempre tuve la impresión que...

—Brian... —murmuró Ellie de nuevo.

Pero él la apartó mientras añadía:

—Frobisher me va a oír de una vez para siempre. Que maldiga a la ciencia cuanto quiera. Pero si Paula muere porque en este planeta de monos nadie sabe cómo cuidarla, te juro por Dios que haré estallar un verdadero infierno en esa Utopía, inventada por Frobisher y sus amigos... ¡Y haré que vivan otra vez como seres humanos!

Sin pronunciar una palabra más, Brian salió de la habitación y abandonó la casa, mientras su cólera iba en aumento. Se dirigió rápidamente hacia el pueblo. Subió los escalones de la vivienda de Frobisher, cruzó el porche de dos zancadas, y abrió la puerta violentamente sin tomarse la molestia de llamar.

—¡Frobisher! —gritó sin preámbulos.

Se oyeron pasos en la oscuridad y una puerta se abrió. Los ojos de Brian brillaban furiosamente. Hard Frobisher entró precipitadamente, a medio vestir, en la amplia sala. Se abrió otra puerta y Destry, medio desnudo, apareció en el umbral, sorprendido e indignado. En las facciones del anciano había sorpresa, pero no cólera. Preguntó calmamente:

—¿Qué sucede?

Como siempre, aquella inalterable tranquilidad hizo estallar a Brian.

—¡Muchas cosas! —gritó avanzando hacia Frobisher con tal impulso que el anciano retrocedió—. Tengo una muchacha en mis manos que parece a punto de morir... ¡Quiero saber a qué lugar de este maldito planeta envió usted a Tom, a Marcia y a Don! ¡Y saber también si por aquí ejerce algún médico decente!

La calma desapareció al punto del rostro de Frobisher.

—¿La esposa de Tom? —preguntó.

—¡No pierda el tiempo con palabrerías! —rugió Brian—. ¡Se llama Paula!

—Paula Sandoval, entonces... ¿Qué le ocurre?

—Dudo que usted lo comprenda —replicó Brian, secamente.

Pero Frobisher no se alteró y dijo:

—Supongo que se tratará de alguna enfermedad producida por la gravedad. Tom me lo indicó antes de partir. Es muy fácil llegar hasta él. Destry...

El anciano se volvió hacia el muchacho, que no se había movido desde el umbral de su puerta, y añadió, tras ligera pausa:

—Rápido..., baja y habla con el Centro. Diles que traigan aquí a Mellen por vía aérea, dentro de una hora si es posible. ¿Dónde está tu padre, Destry?... Me parece que ahora le necesitamos.

Destry había desaparecido ya en el interior de su cuarto; salió de nuevo casi inmediatamente, abotonándose la camisa.

—Se hallaba en el Centro de Marilla la semana pasada —replicó Destry—, pero creo que está ahora en Slayton. Y allí no hay ningún avión de tránsito regular. ¡Eh, señor Kearns!...

Destry se volvió con viveza hacia Brian para preguntar:

—¿Puede usted pilotar el cohete? ¿O buscamos a Langdon? Traerán en avión a Mellen desde el Centro de Marilla, pero necesitaremos el aparato para recoger a mi padre.

—¡Pero...! —protestó Brian.

En aquel momento ya Destry bajaba velozmente los escalones. Hard Frobisher puso una mano sobre un hombro de Brian, empujándole hacia el muchacho. Brian tropezó en los escalones, parpadeando luego ante la luz de una potente lámpara eléctrica. Sobre un tosco banco de trabajo, junto al libro de notas de Destry y algunos objetos más propios de un muchacho, Brian quedó boquiabierto al descubrir un transmisor de radio. Y no se trataba de un modelo simple. Destry se había ajustado los auriculares y calibraba un instrumento que parecía hecho a mano pero extraordinariamente delicado. El muchacho movió una llave y dijo con tono apresurado:

—Por favor... Centro de Marilla..., prioridad de segunda clase... personal... ¡Hola!...

¡Betty! ¿Está en el Centro un especialista en radio llamado Mellen?... Sí, eso es, pero es un caso especial. Gracias...

Hubo una larga pausa.

—Gracias, pero ya nos arreglaremos. Escucha, Betty, tengo que llegar hasta Slayton. Deja libres las líneas, ¿quieres?

Hubo otra pausa y añadió:

—Mi padre... ¿Por qué...? ¡Oh, gracias! Muchas gracias, Betty. Diles que le envíen allí un aparato.

El muchacho cortó la comunicación y se quitó los auriculares. Se puso en pie, y Brian estalló de nuevo:

—¿Qué pasa aquí? —interrogó—. ¿Qué treta ha estado empleando contra nosotros?

—Ninguna treta —le cortó Frobisher muy tranquilo—. Ya le advertí en otra ocasión que usamos la ciencia, sólo cuando es necesaria. Traté de decírselo dos o tres veces, pero usted no me dejó hablar. Tom Mellen lleva trabajando un mes en uno de los Centros. ¿No le extrañó que no le preocupase dejar a Paula como se encontraba? Sabía que de surgir cualquier complicación, inmediatamente sería traído aquí.

El anciano se volvió hacia los escalones. Se detuvo para añadir:

—¿No se ha dado cuenta de que ésta es la primera vez que muestra usted cierta preocupación personal por alguien o algo? Hasta ahora sólo le preocuparon los avances científicos. Escúcheme, puede quedarse aquí mirándome como un estúpido, o acompañarme al Centro para buscar a mi hijo, el padre de Destry, uno de los médicos más capaces de esta sección.

Como Brian permanecía inmóvil, absorto en sus pensamientos, el anciano le tomó suavemente del brazo, añadiendo:

—¡No lo piense más...! Sé pilotar un avión, pero no me gustaría nada utilizar el suyo... ¡Y tendré que acompañarle porque no conoce el camino! Destry, quédate junto a la radio por si acaso...

Brian, demasiado confundido para hablar, caminó junto al anciano atravesando los oscuros campos en dirección al cohete. Al llegar al aparato, empezaba a recuperarse de la conmoción sufrida. Se instaló en la cabina de control, advirtiéndole a Frobisher que se sujetara bien con el cinturón de seguridad. Despegó, mientras atendía a las instrucciones que le daba el anciano sobre la ruta a seguir hasta el Centro de Slayton.

Luego volvió la cabeza.

—Escuche —dijo aún ceñudo—. Estoy un poco aturdido. ¿Qué ocurre aquí?

—¿A qué se refiere? —preguntó a su vez Frobisher.

—A todo esto...

—¡Oh, esto! —contestó Frobisher, encogiéndose de hombros—. Recuerdo que tenían ustedes extintores de incendios en su nave espacial. ¿Los dejaban en la mesa donde comían o los guardaban en espera de un caso de necesidad?

—Usted me insinuó que aquí se carecía de conocimientos científicos...

—Escuche, Kearns —le interrumpió el anciano—. Sus conclusiones siempre son precipitadas. No deje que vuelvan a serlo ahora porque le hayamos ocultado nuestro grado de civilización. Vivimos de la forma que más nos place.

—Pero la radio..., los aviones..., disponen de todo eso y, sin embargo...

Frobisher replicó sin ocultar su disgusto:

—Adopta usted el punto de vista de los Bárbaros. La radio, por ejemplo. La usamos sólo en casos de carácter urgente. Los Bárbaros la empleaban únicamente para escucharla; sé que tenían incluso radio con imágenes..., se sentaban, para mirar y escuchar..., contemplaban como otras personas hacían cosas en lugar de hacerlas ellos mismos. Su vida era muy primitiva...

—¡Primitiva! —exclamó Brian—. Ustedes disponen de aviones y sin embargo la gente anda...

Frobisher dijo, con tono de irritación:

—¿Por qué no? ¿Adónde hay que ir con tanta prisa? Mientras dispongamos de medios de transporte que podamos utilizar en caso de auténtica necesidad...

—Cuando el Starward partió, cada hombre poseía su propio helicóptero privado...

—¡Un cochecito de bebé privado! —gruñó Frobisher despreciativamente—. Si voy a alguna parte, lo hago sobre mis piernas, como un hombre. Los primitivos y estúpidos Bárbaros vivían apiñados en ciudades parecidas a grandes cuevas mecánicas, sin contemplar jamás el mundo en que vivían, ocultos tras muros de cristal y acero, mirando a su mundo en las pantallas de televisión y a través de las ventanillas de los aviones. Para fabricar todos esos aparatos debían amontonarse en sus cuevas, realizar

trabajos sucios metidos hasta el cuello entre tuercas y pernos de metal, sin ver jamás lo que estaban haciendo, sin poder nunca enorgullecerse de su trabajo..., ¡vivían como sucios animales! ¿Para qué? Una masa de hombres para producir en masa, para producir bienes innecesarios, para poseer dinero que les permitieran comprar otras comodidades innecesarias. Aquí tenemos varios profesionales que construyen aviones o los diseñan, porque ése es su trabajo preferido y se sentirían desgraciados si no lo hicieran. Son auténticos artesanos. Por eso disponemos de algunos pocos aviones, pero no muchos, por lo que los reservamos para el trabajo necesario. La mayor parte de la gente prefiere hacer cosas sencillas para su satisfacción personal. ¡No se les obliga a producir aviones en serie sencillamente porque sea posible!

El anciano trató de disculpar su vehemencia con una tos cortés. Luego añadió, casi en voz baja:

—No quería enfadarme..., lo siento. Puede tomar tierra en ese rectángulo de luces.

Brian hizo descender el cohete con suma facilidad. Los dos hombres se dirigieron en silencio hacia un edificio de planta baja, hecho de madera oscura. En el interior, junto al cálido hogar de una chimenea, se hallaba sentado un hombre ante una gran mesa iluminada por un inteligente sistema de iluminación, contemplando lo que parecía un gran mapa en relieve. Llevaba puestos unos auriculares. Alzó la cabeza cuando los dos hombres cruzaron el umbral de la puerta, pero les hizo una seña para que aguardaran en silencio. Al cabo de un momento, tomó una clavija negra de una caja que había a su lado y la clavó con destreza en un punto del mapa. Luego dijo ante un micro:

—Tornado localizado entre Camey y Marilla. Está bien..., envíese a Robinson para que coloque una bomba en su centro antes de que llegue a las granjas...

El hombre se quitó los auriculares e inquirió cortésmente:

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

—Hola, Halleck —saludó Hard Frobisher, avanzando hasta la mesa y estrechando la mano que el hombre le tendía—. Éste es Brian Kearns..., vino del espacio.

—¡Oh! ¿Todavía siguen llegando?... El último que tuvimos aquí descendió en tiempos de mi abuelo —replicó el llamado Halleck con indiferencia—. No, mejor dicho, ahora que lo pienso, en Marilla un hombre llamado Mellen trabaja en la estación meteorológica. ¿Le conoce usted, señor Kearns?... Ah, perdón, mucho gusto en conocerle.

Brian murmuró algo ininteligible y miró a su alrededor, aturdido. Halleck añadió:

—Supongo que ha venido para recoger al doctor Frobisher, ¿verdad? Ya está en

camino. ¿No quieren sentarse?

—Gracias.

Frobisher tomó asiento en un cómodo sillón e hizo una seña a Brian para que ocupara otro. El hombre de la mesa colgó su equipo de auriculares para luego acercarse hasta el sillón que ocupaba Frobisher.

—Me alegro de verle, Hard. ¿Cuándo volverá por aquí?

—Por lo menos tardaré un mes o dos. ¿Estará aquí todavía?

—Tal vez. Tengo un par de vacas a punto de parir y me gustaría estar en casa entonces.

—¿Las negras? —se interesó Frobisher—. A ver si un día lleva unas cuantas a Nortén y hacemos un trato. Me haría falta un toro de buena raza, y ahora tenemos algunas familias nuevas con niños, y les vendría muy bien la leche de vaca.

Brian no intentó seguir la conversación, que giraba en torno a vacas y a la suerte de un amigo común al criar gallinas que ponían huevos con cáscara negra. Frobisher pareció compadecerse al fin de la extrañeza que se pintaba en las facciones de Brian.

—Este amigo mío —explicó al sonriente Halleck— nunca había estado en un Centro hasta ahora... No está mal esto, ¿verdad, señor Kearns? Siempre me agrada venir por aquí cuando llega el momento y siempre me alegra regresar a la granja.

Brian confesó:

—Me siento un poco desorientado...

Y tras una ligera pausa añadió:

—Tenía entendido que su civilización no era científica...

—No lo es —respondió Frobisher con dureza—. No usamos la ciencia; no nos usa ella a nosotros. La ciencia, señor Kearns, hace demasiado tiempo que dejó de ser un tablero de ajedrez para los poderosos con tendencias belicistas, no está esclavizada por un nivel de vida artificial, ni tampoco se halla al servicio de una población neurótica, insana, que desea divertirse constantemente, ¡que es presa fácil de los estimulantes! Tampoco constituye ya un arma para ciertos grupos de presión, sean educadores, fanáticos, adolescentes, exhibicionistas egocéntricos, o mujeres perezosas. Ya no se presiona a los hombres para que compren los productos de la ciencia comercializada, con objeto de crear puestos de trabajo y así mantener en pleno funcionamiento las

ciudades. En nuestra sociedad, cualquiera que se interese por algo, y que tenga talento y habilidad más allá de lo común (condiciones que satisface más de la mitad de la población), emplea anualmente unos cuantos meses en el beneficio común, y no en nombre de la sacrosanta ciencia. Halleck, por ejemplo, sabe más de meteorología que nadie en los Llanos del Sur. Cada año se instala aquí cuatro meses o eleva un aeroplano de observación climatológica, para luchar contra los tornados antes de que se hagan peligrosos. El resto del año vive como un ciudadano normal. Todo el mundo lleva una vida cómoda, fácil y equilibrada. El hombre es un animal pequeño y su horizonte debe ser reducido. Hay un límite definido en su horizonte y ésa es la razón por la que un pueblo se descompone y comienza a tener problemas en cuanto crece demasiado. Aquí todos trabajan para los individuos y no para los ideales.

Brian abrió la boca para hablar pero Frobisher le cortó tranquilamente:

—...Y antes de trabajar en los Centros, debe demostrar su responsabilidad en los pueblos. Usted tiene un puesto reservado, Brian. ¿No le gustaría profesar un curso sobre mecánica del espacio interestelar?

—¿Qué...? —explotó Brian—. ¿Se refiere... a los viajes espaciales?

Frobisher se echó a reír de buena gana. Luego consultó su reloj y añadió con la misma calma de siempre:

—Mi hijo llegará probablemente dentro de unos minutos, pero aún tengo tiempo de explicarle algo.

Se volvió de nuevo hacia Brian y continuó:

—Enseñará. Dos o tres meses al año. Los conocimientos nunca están de más. Siempre son útiles inmediatamente o no. Nuestra forma de vida actual no durará siempre. Por ahora constituye un período de prueba, una etapa de descanso mientras el hombre recupera su sensatez antes de evolucionar nuevamente. Algún día el hombre volverá probablemente al espacio, incluso a las estrellas. Pero abrigamos la esperanza a que entonces lo hará con cierta perspectiva.

El anciano se detuvo una vez más y luego continuó con viveza:

—Creo que lo conseguiré.

Se produjo entonces un largo silencio y Frobisher añadió:

—Soy historiador, señor Kearns. Durante el Primer Renacimiento, el hombre comenzó a desarrollar la noción atávica de la supervivencia del más fuerte y poderoso en lugar del mejor. Después, por desgracia para Europa, y también para los pieles rojas, se

descubrió el Nuevo Mundo. Siempre es más fácil escapar a través de una frontera y dejar en ella la ropa sucia en lugar de vivir con los propios problemas. Al conquistar tal frontera, el hombre tuvo una segunda oportunidad de aprender a vivir consigo mismo y con su obra. Pero no lo hizo; tras guerras de todas clases escapó de nuevo, esta vez gracias al lanzamiento del Starward, pero dio entonces un paso en falso. Y llegó el desastre. Cada hombre tuvo que escoger entre morir dentro de su armadura o quitársela.

Frobisher sonrió y luego dijo:

—Durante algún tiempo, Brian, creí que era usted un brontosaurio.

—Me siento completamente acabado —murmuró.

—Puede enseñar mecánica interestelar durante una temporada. El resto del tiempo...

—Escuche —interrumpió Brian ansiosamente—. No tengo que comenzar inmediatamente, ¿verdad? Estoy terminando unas nuevas gafas para mis compañeros...

Frobisher rió alegre y apoyó una mano en su hombro, diciendo:

—Tómese el tiempo que quiera, muchacho. Nadie volverá a molestar a las estrellas durante siglos. Es mucho más importante que sus compañeros vuelvan a disfrutar de una visión cómoda.

El anciano se levantó de pronto y concluyó:

—Ahí está John. Supongo que en estos momentos Mellen volará junto a Paula.

Brian también se incorporó con presteza cuando un hombre alto, de cabello negro y chaqueta blanca entró en la estancia. Incluso bajo aquella débil luz su parecido con el anciano era notable. Parecía un Destry más viejo y más maduro. Frobisher presentó a los dos hombres y el doctor estrechó con fuerza la mano que Brian le tendía.

—Me alegro de conocerle, Kearns. Tom Mellen me habló mucho de usted la última vez que estuve en Marilla. ¿Nos vamos ya?

Cuando salieron al exterior y cruzaron el iluminado campo de aterrizaje, el doctor y su padre hablaron en voz baja, mientras que, por una vez, Brian no supo qué decir. Ni siquiera pensaba en algo concreto al despegar el cohete. El cambio había sido demasiado rápido. Entonces, súbitamente, su memoria le hizo preguntar con ansia:

—Escuchen. Si pueden recibir señales de radio, ¿por qué no contestaron a las llamadas

que el Homeward emitió desde el espacio?

Frobisher parecía un poco embarazado. Finalmente respondió:

—Usamos una transmisión especial. Sus señales fueron emitidas por las antiguas bandas y nos llegaron en forma de parásitos...

Por alguna extraña razón, Brian se sintió inmensamente aliviado, y no pudo reprimir una carcajada.

—Le dije a Tom que nuestro equipo debía resultar muy anticuado.

—Sí —replicó lentamente Frobisher—. Anticuado, aunque no en el sentido que ustedes habían imaginado. Toda la tripulación del Homeward estaba anticuada, y la hemos puesto a prueba. Pero ahora ya está al día, creo yo. Espere un momento..., no se dirija a Norten aún. Gire hacia el norte dos o tres kilómetros. Hay algo que quiero mostrarle...

Brian protestó:

—Paula...

John Frobisher se inclinó hacia delante y murmuró:

—La esposa de Mellen...

Brian no trató de discutir el barbarismo.

—...Pronto estará bien, Kearns. No se presenta ya mucho por aquí el síndrome de la gravedad, pues hace tiempo que fue vencido, incluso antes de que los exploradores espaciales pusieran término a su actividad. La muchacha se sentirá probablemente muy enferma y su aspecto no será agradable, pero le aseguro que no es peligroso. Dentro de una hora se encontrará bien.

La angustia que sentía Brian desapareció al punto. Las palabras no significaban mucho para él, pero su formación le había enseñado al menos una cosa: reconocer la competencia cuando tropezaba con ella, y la había en cada palabra de John Frobisher. Fijó el rumbo hacia el nordeste. El naciente sol estalló como una ola de fantástico brillo en el horizonte, revelando la lejana línea de unos edificios arruinados, orientados hacia dos enormes pistas situadas en un terreno en el que nada crecía. Sólo se destacaba allí un gran llano de cemento gris. Parecía extenderse hasta muy lejos; Brian vio cómo la hierba trataba de abrirse paso por entre las grietas del cemento, mientras que los muros de los edificios estaban casi cubiertos por la hiedra. Y entonces fue cuando divisó ocho altas formas regulares, largas y que aún brillaban un

poco...

—Únicamente hay dos leyes en nuestra cultura —explicó Frobisher con solemnidad—, la primera es que ningún hombre debe esclavizar a otro. Y la segunda...

El anciano se detuvo mirando directamente a Brian, para añadir después:

—...Es que ningún hombre debe esclavizarse a sí mismo. Razón por la cual jamás hemos destruido esas naves. Éste era el antiguo aeropuerto espacial, Brian. ¿No le parece majestuoso? ¿Quiere tomar tierra?

Brian miró hacia abajo, pensativo. Aquello era lo que había esperado ver desde el principio. Y, sin embargo, otra cosa le parecía ahora aún más grande: que el hombre, después de haber creado aquello tuviese suficiente sentido común para abandonar su dominio, y el valor de confinarlo allí. Los hombres sólo destruyen lo que más temen.

—Vámonos —dijo Brian con firmeza—. Abandono. Regresemos a casa. Hay una muchacha enferma que le está esperando, doctor. Aunque su enfermedad no sea peligrosa, todos seguirán preocupados hasta que usted la visite.

Brian torció los controles del aparato, que giró hacia el sudeste, rumbo al pueblo de Nortén, hacia el sol naciente. Brian no comprendió que había superado la prueba final. Pensaba en Paula y en Ellie y ansiaba llegar cuanto antes junto a ellas. Abrigaba el convencimiento de que algún día regresaría hasta aquel aeropuerto espacial, curiosaría un poco e incluso llegaría a experimentar quizá una leve nostalgia.

El cohete sonda del Homeward continuó su vuelo bajo la luminosa mañana. Los poderosos símbolos permanecían inmóviles, fríos, aun dominadores, como si fueran una promesa y una amenaza: ocho grandes naves cubiertas desde la proa hasta la cola por rojiza herrumbre y musgo verde.